



ARTURO REYES

EL

SARGENTO PELAYO

BOCETOS DE NOVELA



R. 16.625

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

CALLE DE LA LIBERTAD, NÚM. 29

—
1888



ES PROPIEDAD.

ÍNDICE.

	<u>Págs.</u>
Prólogo.....	7
El sargento Pelayo.....	17
Domingo.....	27
El tío Juan.....	59
Un día de campo.....	69
Una venganza.....	81
Dolores.....	89
Juanelo.....	99
Memorias de un soldado.....	109
Cosas del mundo.....	117
Ángela.....	127
Sofía.....	147
¡Distancias!.....	163



cuando V. encuentre el círculo suyo, el círculo en que debe girar, lo invadirá de pronto, es una nube que tiene V. delante; cuando esa nube se rompa, iluminará el sol de golpe llenando el espacio. Siga V. las huellas de los maestros; sígalas, sí, pero no para imitarlos, sino para saber por dónde van, pudiendo así escoger otro camino; ya lo dije en otra ocasión, la novela es aún en España un basto terruño que se acomoda á todo cuando no falta ingenio. Déjese de naturalismo, de realismo y de toda esa algarabía que sirve para desconcertar solamente; déjese de eso y siga sus inspiraciones propias, fortificadas con el refinamiento de gusto que le dé la lectura de los otros; esa es la manera de particularizarse, de hacer lo nuevo, de crear un estilo de V. solamente. Lea V. á Balzac, á Pérez Galdos, á Dickens: encontrará V. á las Niells y á las Marianelas para recrearse hondamente en su estudio.

Ni le embelese la crítica, loable en demasía, ni le aniquile un contrario y riguroso apasionamiento. No le hace que sufra V. decepciones leyendo mucho, como las de encontrar plagios sublimes y otras cosas que no digo, porque perdí la memoria, «no recuerdo bien si en los llanos de Tesalia ó en las riberas de Peneo.»

Suponiendo corregido el volumen de ese desaliño que reina en *todos* los trabajos que contiene, cosa fácil de conseguir, teniendo alguna paciencia, resultará el conjunto una gallarda muestra de que, si estoy predicando, no será en desierto, y conviene decir ahora que no se fije V. en la inferioridad y en la modestia de quien predica, sino en las verdades de la predicción.

Adelante, y si ahora le faltan los años y con los años la experiencia, oiga lo que le digo para concluir: la mujer, más que el hombre aún, es nuestra protagonista;

de ella arrancamos siempre para hacer el estudio humano que la novela exige; piense V. mal de la mujer, y empezará teniendo la experiencia necesaria. La mujer es una equivocación de Dios, un *entuerto* divino que solo se deshace pensando así; á la más noble, á la más ideal, á la que más nos venere, un cabello de Medusa en la garganta. Esto, como novelista; como hombre, hincarse de rodillas y besar sus piés.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.



EL SARGENTO PELAYO.

EL sargento Pelayo es un viejo que se conserva fuerte y robusto. Su carácter es díscolo y reservado, y su voz áspera y desagradable.

Es amigote mío desde hace poco tiempo, pero este poco de tiempo bastó para captarme sus simpatías.

Me trata con cariño, y algunas veces á la baqueta, empleando el mismo tono que emplearía en sus buenos tiempos con un furriel, á quien le exigiera el cumplimiento de un artículo de las ordenanzas.

Es manco, y muchas veces que le pregunté cómo y en qué ocasión perdió su brazo, me miró de hito en hito, se animaron sus ojos y me volvió las espaldas, como pudiera habérselas vuelto á un recluta impertinente.

Yo que siempre fuí curioso, ardí en deseos de conocer el relato de aquella acción, en la que resultó mutilado el viejo sargento.

Me valí de mañas para que se me franquease contando aquel episodio de su vida, y muchas veces se estrellaron mis deseos en la reserva sistemática del veterano.

Un día que fuí á su casa, le encontré más expansivo que de costumbre, tuvo para mí palabras agradables, y por último, encendiendo un cigarro, se reclinó en la enorme poltrona compañera de sus soledades, y me dijo:

—Te has empeñado en que te cuente dónde dejé contra mi gusto el pedacito de carne y hueso que me falta en el brazo, y esta noche se me ha metido entre ceja y ceja contártelo.

Lleno de alegría, porque esperaba escuchar algo bueno de boca del inválido, permanecí silencioso y sin pestañear siquiera, ínterin el viejo me contó lo que sigue:

Estábamos en invierno, era un día tormentoso, había nevado durante la madrugada y la sierra apareció blanca por todas partes.

Tendíamos la mirada, y veíamos nieve por aquí, nieve por allí, un cielo cubierto de celajes plomizos y sentíamos un viento helado que nos hacía dar diente con diente.

Los muchachos rendidos de cansancio, tendidos sobre la nieve, envueltos en sus recios capotones, en vano pretendían descansar con el fusil empuñado y el oído alerta, pues además de los rigores del tiempo, teníamos que luchar con el temor á una sorpresa: no ignorábamos que los facciosos recorrían la sierra en partidas numerosas.

Yo no sé si por esto ó por el frío, no quise intentar dormir, y reclinado contra una roca compartía amigablemente con el

alférez Lucena, un valiente, bueno y pundonoroso, que no tenía más defecto que no tener ninguno.

Lucena estaba sombrío como el día.

—¿Qué tiene V., mi alférez?—le pregunté.

—Nada, sargento, cosas de la vida.

—Pero algo será ello.

—Sí, sin duda, tonterías, presentimientos tristes, se me ha metido en la mollera que este sudario de nieve, va á ser sudario de mi cuerpo, y voto va, que siempre han resultado mis corazonadas.

—¡Bah!—le respondí, chancero;—la muerte no puede con ese corazón ni con ese corpachón de roble.

Movió la cabeza en son de duda, y permaneció silencioso.

—Pelayo,—me dijo de repente;—si mis pronósticos se cumplieran, ¿haría V. un favor por mí?

—Y ¿V. lo duda, mi alférez?

—No; pero quisiera me lo jurara V.

—¿Nada más que eso? Se lo juro por mi

honor de soldado, y por la memoria de mi madre.

—Gracias, Pelayo, gracias— me dijo apretándome una mano bruscamente,—en V. confío; si muero, como es probable, busque V. mi cadáver y aquí, en el forro de la levita,—dijo á la par que se la desabrochaba y me señalaba el sitio,—encontrará V. una cartera con algunas cartas y algunos resguardos de valores con el endoso en blanco.

Le suplico á V. Pelayo,—siguió diciéndome con emoción, que lea V. las cartas, por ellas conocerá las vicisitudes extrañas y tristes de una de las etapas de mi vida, sabrá quién es Rosario, vaya V. al pueblo donde reside, y entréguele V. esos valores, que tal vez ese poco de oro evite una catástrofe horrible, cuya idea me apesadumbra más que mis presentimientos pavorosos.

Quedó en silencio el alférez y yo también preocupado con aquella confidencia, y ya iba quedándome á dormi-vela pensando en no sé cuántos desatinos, cuando algunos

disparos resonaron en aquellas soledades.

Nos incorporamos todos, y diez minutos después aparecimos formados en las alturas mirando con indiferencia ó estupidez, dos regimientos de vascongados que, dominando la garganta de la sierra asestaban contra nosotros su artillería de montaña.

No nos asustamos mucho, pero cada cual rezó apresuradamente su oración favorita, y se dispuso á vencer ó morir en aquel encuentro.

Pronto empezó á resonar la artillería enemiga, y recibimos orden de forzar el paso que defendían los facciosos.

Dos veces intentamos conseguirlo, y las dos veces tuvimos que cejar, dejando sembrados de muertos y heridos las faldas de sus posiciones.

Fué calentándose nuestra sangre, empezó la ira á prestarnos su empuje irresistible, el humo y los disparos templaron el ambiente, y cuando el coronel Bardona ordenó la tercera embestida, allá fuimos todos, como

tropel de fieras encolerizadas y empezamos á trepar por las escabrosidades del monte.

Llegó el período álgido de la lucha, y después de una hora de combate desesperado logró nuestra vanguardia dominar el primer repecho.

Al llegar á la meseta, la ví sembrada de cadáveres de ambos ejércitos y de heridos que se retorcían presa de dolores agudos.

Allí tropezaron mis ojos con el alférez Lucena, habíase cumplido su presentimiento triste, una bala al penetrar en su cerebro dió confirmación á su corazonada.

Me acordé de su encargo y de mi juramento, y pasando el sable á mi mano izquierda, busqué con la derecha la cartera en el pecho del muerto veterano.

La lucha se había hecho más encarnizada; los defensores del monte, habían sido reforzados por una compañía de su retaguardia, las balas seseaban lúgubrementemente en nuestros oídos, el humo oscurecía los deta-

lles sangrientos del combate, y en confusa algarabía resonaban voces estridentes de mando, gritos de rabia, ayes de dolor, rugidos histéricos y estertores de moribundos.

Me incorporé rápidamente, oprimiendo entre mis manos los documentos del alférez, y en aquel instante sentí zumbido horrible en la cabeza como si todas sus fibras saltaran en pedazos, una angustia suprema sentí, un velo de sangre cubrió mi vista, y rodé por tierra sin sentido.

Cuando abrí los ojos, me encontré en improvisado hospital de sangre, tornó á brillar en mi cerebro la luz de la razón, y me acordé de la lucha, del alférez, su legado y mis promesas.

Hice un movimiento, y no pude reprimir un grito de dolor, mi brazo derecho era muñón informe cubierto de vendajes.

Al ir á guardar los documentos del alférez, una bala de cañón se había llevado mi antebrazo y con él los papeles de Lucena.

.

Calló el viejo durante algunos segundos, para después decirme con acento mal humorado:

—Esa es la única vez que he faltado á mi palabra y voto al diablo, que aquella Rosario á quien no llegué á conocer, no deja nunca de escarabajearme en la cabeza, lo mismo que el recuerdo de mi amigo el alférez de la cuarta compañía del segundo de cazadores.





DOMINGO.

I.

No lejos de Torremolinos y próximo á la carretera, donde limitan las faldas de los montes con las planicies de la campiña, al final de una alameda de álamos blancos, cuyos penachos frondosos, parecen cuando el viento los balancea, bandos opuestos que gesticulan amenazadores, está el cortijo llamado de la Cónsula, nombre tomado de su fundadora, según datos que me dieron y que no creo preciso acreditar á mis lectores.

Consta el cortijo de casa labor y vivienda, en un solo cuerpo, de muros recios y altos, blanqueados con esmero. Nada de gusto arquitectónico hay en aquel edificio, levantado sobre enormes cimientos y hechos á macha martillo, pues fué edificado, no para quinta de recreo si no para vivienda de pobres arrendadores.

Pedro el *Chacho* fué toda su vida el colono de aquel puñado de tierra de regadío, á la que sacaba con su práctica en las faenas agrícolas y su constancia para el trabajo, lo necesario para pagar sus arrendamientos y sostener su familia.

Componíase esta de la señora Damiana su esposa, hembra de cuarenta abriles, de rostro bonachón y expresivo y un alma que retrataba su semblante, con expresión risueña y bonachona.

Diez y nueve años contaba el primogénito de los *Chachos*, y por la delicada complejión de su contextura, y por su carácter triste y caviloso, no parecía digno retoño del

robusto tronco que vegetaba en los fértiles terrenos de la Cónsula.

Bernardo, su hermano, contaba un año menos, pero más representaba, por su naturaleza robusta, atlética, templada en las vigorosidades del trabajo; nadie como él manejaba el azadón y el hacha y pulverizaba los apretados terruños del barbecho. Era el ojito derecho de su padre; este, cuando le veía llegar del trabajo con el azadón al hombro, sin resguardar su cabeza de los rayos caniculares, tranquilo y canturreando alegremente, le miraba orgulloso y resplandecía en su semblante la satisfacción que rebosaba su alma.

—Mira, mira á mi Bernardo, parece que no ha hecho *naita*, pues ha *escardillao* *tó* el manchón de trigo, y como si tal cosa, este si que es un hombre.

—Ya lo creo, Bernardo es un hombre y Domingo no lo es, te has empeñado tú en ello, *pus es* menester que tú sepas, que mi Dominguito, así tan flacucho y tan tristón, vale mas que Bernardo.

Estos diálogos eran frecuentes en el matrimonio que concluía por desentonarse defendiendo cada uno á su predilecto.

Rosarito era sobrina de Pedro el *Chacho*, quedó huérfana y fué recogida y tratada por él con el mismo cariño con que trataba á su Bernardo, que no es poco decir, pues ya sabemos que el muchacho era la idolatría de su padre.

Quince años contaría la muchacha, pero más edad representaba por el desarrollo completo de sus formas, ricas en curvas estatuarias, y por lo seria y formalita que era.

En su rostro moreno, en sus garzas pupilas, en el suave delineado de sus facciones, casi correctas, habían grabado las simpatías sus signos misteriosos.

Además era trabajadora y hacendosa; ella sola era la modista, la sastra, la cocinera y qué se yo cuántas cosas más, pues para todo eran sus manos dos dijes primorosos.

Domingo era el satélite de la muchacha,

y su carácter ensimismado, tan solo con ella variaba, pues hasta llegó á pecar de franco y expresivo, cosa que llamó la atención de los *Chachos* y les hizo sonreír con malicia muchas veces al mirar á la amartelada pareja.

Cuando declinaba el día, en la puerta durante el estío, y al lado de la enorme chimenea en invierno, sentábase la familia moradora de la Cónsula, platicaban los viejos sobre el futuro resultado de la cosecha, sobre si los trigarrales estaban lozanos, si las aceitunas empezaban á aparecer en los olivos, ó sobre la frondosidad del majuelo donde tenían puestas sus esperanzas.

Terminaba el matrimonio por inclinar la cabeza sobre el pecho y quedar dormidos como benditos que eran.

Entre tanto Rosario y Domingo, entablaban en un extremo diálogos misteriosos, cuyos rumores semejaban batir de plumas y estallar de besos.

Bernardo cogía la guitarra para matar el

hastío y por largo rato sus dedos endurecidos en el trabajo arrancaban al instrumento no muy diestramente, *fandangos*, *soleares* y *seguidillas* acompañándose asimismo, pues no dejaba de *cantarse* alguna cosita con estilo y sentimiento. Después, cuando empezaba á abrírsele la boca con bostezos descomunales, soltaba la guitarra y cogiendo cualquier objeto por almohada se tumbaba en el suelo y no tardaban sus robustos ronquidos en hacer duo á los de sus padres.

Muchas veces Juan y Damiana, al ver las cariñosas intimidades de los niños, como ellos designaban á Rosario y Domingo, tiraron sus cuentas para el porvenir, pues al paso aquel, preciso sería casarlos, sin que pensar esto les apesadumbrara, pues ninguna otra mejor que su Rosarito para hacer la felicidad de un hombre.

Una mañana se entró por las puertas de la Cónsula, el tío Galindo, alguacil del pueblo y antiguo amigote de los *Chachos*.

De mala nueva era portador, pues no lle-

vaba nada menos, que la boleta de soldado para Domingo.

Por más que esto era esperado de un día á otro, no por eso dejó de causar hondas perturbaciones en los habitantes del caserío.

Se contrajo el semblante de Juan el Chacho, rompió en llanto amarguísimo la señora Damiana, dos lágrimas hermosas oscilaron entre las largas pestañas de Rosarito, se restregó los ojos Bernardo porque también sintió humedades precursoras de llanto y Domingo se sonrió tristemente y allá en el fondo de sus negras y melancólicas pupilas ardió el centelleo de la desesperación más sombría, apretó sus descarnadas manos con rabioso encono y se fué á su aposento para ocultar su pesadumbre.

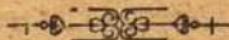
¡Qué pícara suerte la del muchacho! bola negra sacó en el sorteo y número de los más bajos.

Dos meses después recibió orden de estar en la capital el día señalado para el embarque á América, de aquellos á quienes el

pícaro color de una bola, les alejaba de sus hogares y de las afecciones dulces que acariciaron su niñez.

El día antes de la partida, no se separaron un instante Domingo y Rosario. ¡Cuántas promesas de cariño eterno se hicieron! ¡cuántas congojas se retrataron en sus rostros! ¡cuántas veces, lágrimas reveladoras de pena asomaron á sus pupilas!

Cuando llegó la noche se reunieron silenciosos en el ancho zaguán de la puerta, todos tristes y sombríos, hasta hora avanzada en que se retiraron para poder madrugar, pues á las diez de la mañana tenía que estar en Málaga el muchacho.





II.

DOMINGO se incorporó en el viejo catre, tenía los ojos enrojecidos y terrosa palidez cubría su rostro. Con el pelo en desorden, arrugada la camisa y colgando la encarnada faja se levantó dirigiéndose á un rincón del aposento donde tenía el arquilla de sus ropas, de donde sacó su traje dominguero, los gruesos zapatones de becerro, con suela claveteada, y el sombrero, y en ropas menores y descalzo como estaba bajó á la cocina. Allí, al lado de la enorme chimenea, había un barreño lleno de agua, hundió en él su

rostro húmedo por el llanto, se vistió, y ya listo, quitó la enorme tranca de la puerta.

Al abrir esta, una fresca bocanada de aire perfumado oreó su frente; en aquel instante acreció la angustiosa expresión de su mirada. El quería irse y evitar el mal rato de la despedida, pero no despedirse de Rosario, esto sí que se le hacía duro. Nó, yo no voy sin verla, pensó y volvió á desandar lo andado. Al extremo del corredor estaba el cuarto de Rosario, allí se dirigió Domingo; por las grietas del mal unido maderamen se filtraban algunos maciléntos destellos de luz que como ondulantes culebrillas de fuego serpenteaban entre las sombras del corredor.

Domingo empujó con suavidad aquella puerta que rechinó débilmente como si se quejara de aquella violencia. El muchacho estaba demudado, algunos hilos de sudor surcaban su tostado rostro, parecía oír el recio martilleo de su corazón que repercutía en su cerebro con sonos lúgubres, al mismo tiempo dulce atosigamiento anudábasele en

la garganta, era la vez primera que se acercaba entre las sombras y el misterio al cuarto de su Rosarito, nunca se hubiera atrevido, pero aquel día... irse sin verla, cuando quizás no volvería nunca, como otros camaradas que fueron y no volvieron!

Cada vez que empujaba la puerta parecía al pobre mozo que una fuerza superior contrarestante sus esfuerzos.

Por fin, sudoroso y temblando penetró en el cuarto de su novia. Una lamparilla de cristal puesta sobre una mesa de pino, delante de una estampa de la Virgen de los Dolores, alumbraba con sus débiles cambiantes el aposento.

Rosario dormía descansando su cabeza sobre el brazo desnudo, su abundante cabellera caía en desorden sobre sus redondos hombros y sobre el casi descubierto seno que exuberante se desbordaba por cima del peto de la camisa; la ligera cobertura del lecho ceñíase traicionera á su cuerpo robusto modelando sus contornos enérgicos y dejan-

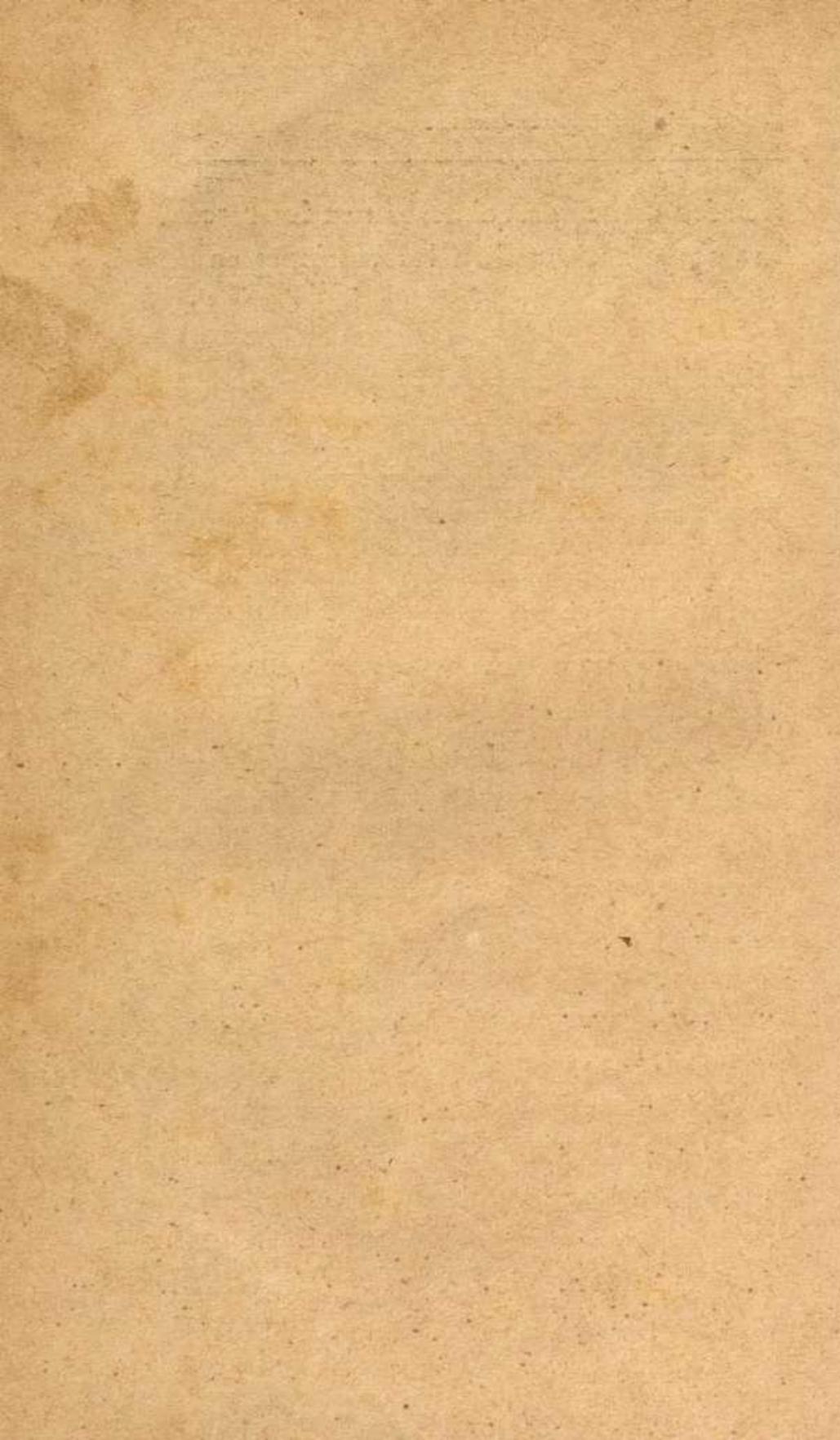
do descubierta la bien formada pantorrilla y el diminuto pié de andaluza.

Domingo abrió desmesuradamente los ojos, sintió que en tibio oleaje subía la sangre á su cerebro enardeciéndole las mejillas, su respiración se hizo afanosa y le brillaron los ojos con estúpida expresión de sensualismo. Miraba á su Rosarito y mientras más la miraba, más poderosas sensaciones sacudían su organismo irritado; era la vez primera que veía á la hembra en desnudez tan hermosa; pronto su pensamiento se anegó en un mundo de deseos irresistibles, fué acercándose á Rosario febril y tembloroso, llegó á su lado y con arranque violento unió su rostro enrojecido por la calentura de la carne al sonrosado de la muchacha, y un beso con ínfulas de mordiscos estampó en aquellos sus labios gruesos y encarnados como las amapolas.

Empezaban los primeros destellos de la mañana á teñir al Oriente de franjas de fuego y arreboles, adquirirían las campiñas sus

variados matices, revoloteaban en los surcos las cogujadas, cantaban los gorriones en la arboleda y las golondrinas en los alerós del tejado, cuando volvió á abrirse la puerta del caserío y Domingo con el rostro bañado por expresión indefinible de pena y alegría, salió, dirigiéndose al atajo no sin volver el rostro repetidas veces y saludar á Rosario que con el semblante entristecido y llorando silenciosamente se inclinaba sobre la balaustrada de la ventana.







III.

ERA la mañana templada, ostentaba el cielo su azul más espléndido, alguna que otra nube blanca y ligera como nevado copo de espumas surcaban el horizonte, caían sobre la tierra los rayos del sol como tibio baño de brisas tropicales, balanceaba el viento en sus caprichosos giros las arboledas y ondulaban las amarillentas espigas del trival y de los manchones de cebada, tiraban las yuntas del arado, hundiendo enorme espolón en los apretados terruños y en los surcos que formaba, revoloteaban trinando las alondras,

cantaba el arriero que con la chaquetilla al hombro, echado sobre las cejas el sucio calañé ya grasiento y deforme por el uso, y con la cimbradora vara en la callosa mano, marchaba detrás de su acansinada recua alentándola de vez en cuando, con guturales acentos que enardecían momentáneamente á los pobres animales, haciéndoles enderezar las orejas y descomponerse en trotecillo desigual y asustado que pronto volvía á degenerarse en lento y sistemático paso.

Con alegre ruido de collarones, crujir de látigos, fuerte voltear de ruedas y gritos del mayoral, avanzó por el camino empolvada diligencia tirada por cuatro robustos caballos á los que guiaba el delantero, un muchachillo de semblante picaresco que tocaba á más y mejor en la dorada bocina que empuñaba orgulloso.

Domingo venía en la rotonda; en su rostro notábanse las penalidades sufridas durante su vida de soldado en las Américas Españolas, pero fulguraba en sus grandes pupilas

plácido centelleo de alegría, y abismaba sus miradas en el bellísimo paisaje que se desarrollaba ante sus ojos; aquel ambiente que respiraba, aquel mar sereno que venía á esmaltar con sus espumas las rocas de las calas de Miraflores, y los suaves declives de la arenosa playa; aquellos montes de parduzcos matices y picachos escuetos; aquella campiña ondulada á trechos y remendada de colores, ya verdes, amarillentos, y arcillosos, las tintas sombrías de los chaparrales y del estepar lejano, las risueñas perspectivas del baldío, matizado de malvas, alandros y cimbalarias, el arroyo que culebrea por el prado y se despeña por las quebradas del monte, todos estos detalles al ser trasladados por sus retinas á su cerebro, despertaron hermoso tropel de recuerdos benditos.

Qué emoción más dulcísima se agitó en su pecho. Diez años habían transcurrido desde su partida; diez años que pasó en pugilato con la suerte, por conseguir una posición que ofrecer á Rosario, á aquella mucha-

cha que fué la ilusión primera de sus ensueños juveniles y á quien arrojó del pedestal de su pureza en el delirio de un momento supremo.

Aquella falta tuvo consecuencias, Rosario fué madre con honda indignación de los *Chachos* que juraron no volver á mirar á su hijo hasta que cumpliera sus deberes de hombre honrado, pero pronto aquel desarmó el enojo de los colonos de la Cónsula. Rosarito sería su esposa cuando el pudiera ofrecerle un porvenir honroso, esto les prometió y su carta fué el iris de paz y ventura, que volvió á destellar en el cortijo de los Chachos.

El fruto del extravío de un momento, fué desde un principio el ídolo de aquella gente; era una chiquilla guapetona y robusta como su madre. Esta habíase hermoseado más y más desde que atravesó los benditos dinteles de su doncellez.

Detúvose la diligencia á la entrada del pueblo y bajó Domingo que sin detenerse un

instante siguió el camino con dirección á la Cónsula. ¡Qué diversidad de sentimientos encontrados chocaban en su corazón y su cerebro! ¡qué de ideas todas luminosas! iba á ver á su Rosario, á su hija, á sus padres, á su hermano, á todos aquellos seres que eran las puras afecciones de su vida.

Divisó á lo lejos las copudas cimeras de los árboles, los mismos que hacía diez años daban sombra á su caserío.

Llegó á la verja de hierro que da entrada al cortijo, la abrió temblando de alegría y esperanzas y se internó por la extensa alameda de álamos, hasta llegar al espacio libre que circunda al caserío.

Cuando llegó á la entornada puerta de la casa el corazón le latió fuertemente y el sudor en abundante lagrimeo, bañó su tostado rostro.

Empujó con violencia el maderamen que cedió rechinando ásperamente sobre sus goznes.

En aquel instante una voz fresca y de modulaciones simpáticas preguntó:

—¿Quién es?

Pero ya Domingo estaba dentro, y Rosario que ella era, quedó muda de sorpresa al ver al capitán de cazadores, dirigirse á ella impetuoso y estrecharle nerviosamente entre sus brazos.

—¡Domingo!—gritó, y miró á este con indefinible expresión de pena y alegría, pues allá en lo más recóndito de su alma, sintió grande desconsuelo sin comprender ella estas inquietudes.

Allí estaba el hombre que fué dueño de sus encantos virginales, allí estaba el padre de aquel pedazo de su alma, de aquella pobre niña, engendro de la demencia de un instante, y sin embargo, su alegría no bastaba á hacer naufragar con su oleaje una inquietud leve y sombría que se agitó en su pecho.

Llegaron los Chachos y aquellos sus corazones sí que se dilataron á impulsos del más delirante regocijo. Los pobres viejos, que ya lo eran, pues la escarcha de los años blan-

queó sus cabellos, y las arrugas gravaron en sus rostros el sello triste y augusto de la ancianidad, lloraron de placer y de delirio.

La niña miraba aquella escena desde un extremo de la cocina con extrañeza, y cuando su padre la cogió en sus brazos y la besó en la boca, desprendióse vigorosamente de ellos y corrió medio asustada al lado de su madre.

No tardó en llegar Bernardo; pronto se oyeron por el camino sus acentos varoniles, cantaba alegremente como siempre y momentos después llegaba á la casa.

Al ver á aquel militar lleno de condecoraciones, colocado entre sus padres y Rosario, se detuvo un instante sorprendido, pero su sorpresa tuvo la duración de un segundo.

— ¡Domingo! — gritó, resplandeciendo franca expresión de alegría en su semblante risueño, y sus brazos de atleta apretaron hasta sofocar al capitán de cazadores.

Cuando aquellos dos cuerpos se separaron, miró Bernardo á Rosario y algo leyó

en sus ojos, pues se contrajo su frente y ardió en su mirada una tristeza infinita, una zozobra inesperada surgió en su pecho, quiso disimularla sin comprenderla, pero ya el relámpago había brillado, relámpago sorprendido en su rápido curso por la mirada investigadora y profunda de su hermano, que con criterio experimentado en las lides de la vida, vislumbró algo triste, muy triste, como celajes tenebrosos en el horizonte de su dicha; pero amontonó sus dudas en el fondo de su pecho, como hombre acostumbrado á hacer sordos é insensibles sus músculos á los gritos y á los dolores del alma.





IV.

LA noche era espléndida, brillaba la luna en un cielo tachonado de estrellas y surcado por blancos remolinos de nubes, que eran remedos de cisnes juguetones en mares en bonanza.

La luz de los cielos bañaba á la tierra con sus melancólicas claridades vagarosas, dando tonos indefinidos á la campiña y á la montaña.

Solo se oía el monótono cantar del grillo en el pantano, el rumor del aura al agitar los juncuales y deslizarse por entre las breñas del monte, el ruido del agua al saltar por

las accidentadas pizarras de su cáuce y el estridente cacareo de los gallos en los corrales vecinos.

Domingo, presa de las angustias del insomnio, se asomó á la ventana de su aposento.

Un mundo de ideas se retorció en su cerebro, ocho días llevaba en el caserío, ocho días de luchas formidables entre sentimientos encontrados que se chocaban impetuosos. Al día siguiente se celebraba su boda, aquella boda que fué siempre la esperanza de su vida, por la que luchó sin tregua, aquella boda, que en aquel instante era la palanca que movía balumba inmensa de congojas en el corazón del pobre soldado.

Rosarito no le quería, él lo comprendió, había ido amontonando molécula sobre molécula hasta levantar el edificio de su infortunio.

Bernardo y Rosario se querían, desde su niñez palpitaron sus almas bajo idénticas impresiones; durante los diez años que per-

maneció Domingo en las Américas, entraron de lleno sus organismos en el golfo de las pasiones, vió él en ella el complemento de su dicha y ella notó que palidecía poco á poco en su pensamiento el recuerdo de Domingo y surgía latente el de Bernardo, identificado en su sér como órgano esencial á su vida.

Todo esto lo comprendió el pobre Domingo, y cuando la luz sombría de la realidad más descarnada penetró en su cerebro alumbrándolo con tintas pavorosas, rugió su alma desesperada, y adios esperanzas benditas y santas afecciones nutridas con embelesos; todo se hundió en aquel abismo insondable de pesadumbres y lágrimas.

Si él se hacía sordo á los gritos de la razón y llevaba al pié de los altares á aquella mujer que le perteneció un día, arrojaba para siempre en caos espantoso de infortunios á aquellos seres tan caros á su alma.

La lucha era tremenda, él quería devorar á solas sus angustias supremas, y un solo



camino le quedaba para ello, descender á los ojos de todos de la cumbre de su honradez hasta el fango de las infamias, romper los lazos de sus afecciones y huir para siempre de la Cónsula; verdad que tan solo de pensar esto, acudía el llanto á los ojos del veterano, pero su alma grande y generosa crecía á la vista del sacrificio.

Durante dos horas permaneció en la ventana, siendo su rostro copia fiel de las tempestades de su pecho.

La luz dudosa de la alborada empezó á dar tonos descoloridos al firmamento, cuando se irguió enérgicamente, se vistió con movimientos febriles el honroso uniforme, cogió la pluma de ave de la escribanía y sin sentarse, escribió, nerviosamente algo sobre un papel que dejó sobre la mesa.

Después bajó de puntillas las escaleras, abrió con sigilo la puerta, allí se detuvo un instante, un sollozo ahogado, profundo, histérico brotó de su pecho, era el volcán del sentimiento que estallaba. Su Rosario, su

hija, sus padres, su hermano, todos estos eran garfios que le sujetaban, pero su alma embravecióse en el combate, echó una última mirada de despedida sobre el silencioso edificio, y allá se perdió ligeramente en las revueltas del camino sin reprimir ya los estertores de su llanto.





V.

DOMINGO, Domingo, valiente dormilón—dijo Bernardo y golpeó con su mano de hierro la puerta de la estancia que cedió suavemente y él con sorpresa penetró en el cuarto abandonado.

La cama estaba intacta y el traje de paisano que usó Domingo durante su permanencia en la Cónsula estaba sobre el lecho.

Habrá salido,—pensó encogiéndose de hombros, ¿pero adonde ha ido con traje de gala? y ¿qué será esto?—dijo cogiendo el papel que dejó Domingo sobre la mesa.

Diablo de garrapatos, ¿quién los entien-

de?—y empezó á deletrear aquellos renglones, restregándose los ojos de vez en cuando y haciendo visajes de despecho por las dificultades con que tropezaba.

Cuando consiguió leer el renglón primero se puso pálido, al segundo creció su palidez, y ya al tercero y último dejó escapar una exclamación de sorpresa.

Domingo se había ido para no volver nunca, no podía casarse con Rosario porque otra mujer era su esposa y á su lado marchaba.

Esto le decía en aquel papel;—y mi hermano es un infame,—murmuró sordamente Bernardo, pero allá en las interioridades de su pecho sintió como si su alma aleteara de regocijo; aquella acción ruín de Domingo era el poderoso cimiento sobre el que él fabricaría el palacio de su dicha, lavando la mancha arrojada por su hermano en el decoro de Rosario y siendo el padre de aquella niña abandonada.

Dos semanas después se verificaba en la

iglesia del pueblo el venturoso enlace de
Bernardo y Rosario.

El vapor correo se balanceaba gallardamente como enorme cetáceo en la bahía; las calderas en presión dejaban escapar por las válvulas ondulantes columnas de negro humo; izaban los marineros las cadenas del anclaje y posaban los viajeros una última mirada en el puerto que abandonarían en breve.

Allí en la popa, reclinado sobre la brillante balaustrada de la borda, estaba Domingo, que echaba una mirada de amarga despedida sobre la risueña costa, y al volar afanoso su pensamiento al caserío de la Cónsula, parecíale que aquel buque era débil para transportar la inmensa carga de sus amarguras.

Se estremeció el buque á impulsos de la máquina, viró en redondo, obedeciendo al timón manejado con destreza, y lento en un principio y rápido después, allá se fué cortando las olas con su afilada quilla y dejando tras de sí reluciente estela de rizadas espumas.



EL TÍO JUAN.

ARREEE, Clarito, arreee! ¡Pícaro burro, y qué flojo que te vas volviendo con los años! Antes eras una polvorilla, en un periquete te andabas el puñadito de leguas; pero ahora, ni con las albardas puedes. ¡Vamos, demonio, Clarito! ¡Arreeee, á menear un poco esas patas pícaras, que nos vamos á quedar hechos terroncicos de nieve!

Así decía el tío Juan el Serrano, un viejo chiquitín, alegre y vivarachón, de rostro anguloso y risueño, que montado en acanjado

rucio, cruzaba el camino que conduce á Moravia, una tarde del mes de Enero triste y nebulosa como alma de condenado.

Soplaba fuerte viento Norte, que traía en sus alas moléculas de nieve que arrancó á su paso por las cumbres de la sierra.

El tío Juan, con los ojos húmedos y la nariz amoratada por el frío, hundía su cabeza en el ancho cuello de su tosca gabardina y chupeteaba con grandes aspavientos un cigarrillo que se negaba á arder en aquel ambiente congelador.

Cuando el tío Juan, jinete en su burro, penetró en lo más escabroso de la sierra, cuya parte tenía que atravesar para llegar al pueblo, hizo un gesto; sin saber por qué le desconsolaron aquellas soledades tristes, parecieronle más sombríos aquel día los tintes lóbregos del cielo, y más imponentes los escuetos picachos de la montaña.

Quiso despreocuparse de aquellas impresiones melancólicas que le causó la yerta perspectiva; empezó á canturrear, pero su voz

cascada, al resonar en sus oídos, se le antojó áspero graznar de ave agorera, volvió á quedar en silencio, y siguiendo su camino, pensando en algo triste como la noche que se acercaba.

Se cubrió el cielo de negruras impenetrables, imponentes escuadrones de nubes preñadas surgieron de los límites del horizonte y la sierra, y arreció el viento en sus giros, silbando lúgubrementemente en las hondonadas y torrenteras.

Pronto empezó la tempestad á retorcerse grandiosa en el espacio, modulando quejidos pavorosos y lastimeros; surcó el relámpago las alturas y dibujó el rayo su estela de fuego en el firmamento; abrieron las nubes sus entrañas y empezó la nieve á caer en blanquísimos copos.

El tío Juan temblaba aterido, ya ignoraba por dónde iba, no veía las difíciles trochas que hacen accesibles las montañas, y abandonándose al instinto de Clarito empezó á rezar con voz acelerada aquellas santas

oraciones aprendidas en su niñez apacible.

Pasó media hora, el viento arreció violentamente y empezó la nieve á caer en moléculas pulverizadas, cubriendo con sudario de triste blancura los ásperos breñales de las laderas y los picachos escuetos de los montes.

—¡Válgame Dios!—murmuró el tío Juan, pensando, como el condenado piensa en la gloria, en los hermosos leños calcinados que arderían á aquella hora en el ancho fogón de su cortijo.

—¡Arree, Clarito!—gritó angustiosamente, taconeando furibundo con sus gruesos zapatos en los ijares de su cabalgadura, que parecía asustada en aquel mar de lobregueces.

Siguió caminando tardamente el borrico, bordeando instintivamente los flancos de los precipicios y derrumbaderos, que solo vislumbraba el tío Juan cuando los relámpagos rasgaban las nubes, alumbrando el espacio con sus fosfóricos centelleos.

Se detuvo Clarito en firme, aguzó las ore-

jas asustado, y el tío Juan, rompiendo la inercia que empezaba á apoderarse de sus músculos, se inclinó sobre el cuello del animal, fijando su mirada interrogadora en la cuneta.

—¿Quién va?

Preguntó al ver destacarse de la oscuridad un bulto que se le aproximó.

Nadie le respondía.

El tío Juan, que nunca supo lo que era miedo, echó manos á la grupa del animal, descolgó la escopeta, saltó al suelo, y amartillándola rápidamente avanzó hacia aquel bulto, tan ligero como se lo permitió lo entumecido de sus miembros y lo resbaladizo de la tierra.

—¿Quién va?—volvió á preguntar con voz temblona por el frío.

Aquel bulto permaneció silencioso; brilló un relámpago y á su rápido fulgor pudo ver el tío Juan el Serrano que aquel bulto era un muchachuelo, que le miraba con expresión estúpida y que se aferraba, temblan-

do, á su cuerpo, como temiendo se alejara.

—¡Por vida de! ¿Pues si es Pedrique, el tonto? —murmuró el tío Juan con pesadumbre.—¡Pobrecillo! vendría á las esparragueras y le ha cogido la helada y la tormenta. ¡Caramba! Y lo malo no es esto, sino que Clarito se va cayendo y yo al tonto no le dejo aquí: amanecería tieso como un palmar. ¡Pobrete! Vamos, ven acá, y diciendo esto cogió á Pedrique por la cintura, y tras penosos esfuerzos lo montó sobre el borrico. ¡Pobre! repitió; ni chaqueta tiene.—Y sin pensarlo mucho, y obedeciendo los impulsos nobles de aquel corazón hermoso suyo, se quitó la pesada gabardina y la arrojó sobre los hombros del imbécil, que se relió ansioso en ella, dejando escapar un sonido gutural, en franca demostración de regocijo. Ahora yo, murmuró el viejo, y aferrándose á la baticola del animal, tras larga brega consiguió montarse á la grupa.

Bien había él pensado: Clarito no pudo con aquella doble carga, se mantuvo inmó-

vil en un principio; pero en el instante en que el tío Juan le golpeó para que anduviera empezó á renquear, amenazando echarse en la cuneta.

—¡Imposible! — murmuró el viejo con acento angustioso, bajándose de Clarito. ¿Qué hago? — se preguntó. — Dejar á Pedrique, no lo dejo y yo tampoco me quedo; vamos, iré á pié lo que pueda resistir y después..... después veré cómo llego al pueblo.

Y agarrándose á la cola del animal, arreó á este, que siguió su camino llevando en el enflaquecido lomo á Pedrique, el tonto de Hornachuelo.

El tío Juan, durante media hora, resbalando á cada paso sobre la nieve, siguió sujeto al animal, al que no veía en la negrura densísima que envolvía la tierra.

Empezó á sentir que le flaqueaban las piernas, su respiración era penosa, y en una de las sacudidas del animal al subir un

repecho, soltó la cola el viejo y cayó rodando sobre los terruños.

Cuando se incorporó trabajosamente, en vano abismó su mirada en las negruras del espacio; no percibieron sus ojos á Clarito ni oyó otros ruidos que las notas quejumbrosas del viento.

Pretendió seguir andando, pero no pudo, la caída remató la obra empezada por el frío, sus piernas se negaban á sostenerle, sintió angustias supremas, gritó desesperadamente y ni el eco le respondió, ahogándose por los bramidos del vendaval desencadenado.

.

Fué languideciendo la tormenta, cuyos truenos empezaron á resonar lejanos y á repercutir vagamente en los cóncavos del monte, dejó la nieve de caer y los relámpagos, de surcar el espacio.

Allá, por los límites de la sierra, empezaron á brotar las luces misteriosas de la alborada, alumbrando con sus claridades embrio-

narias los blancos contornos de la sierra. Allí, en la curva de una roca, estaba el cuerpo yerto del tío Juan el Serrano, semejando, envuelto en túnica de nieve, estatua mármorea toscamente cincelada.





UN DÍA DE CAMPO.

IGNACIO era todavía un muchacho, apenas si contaba diez y nueve años, pero más representaba por lo serio y lo formalote que era.

Un viejo parecía y el Viejo le pusieron por mote, pues nadie le vió nunca de jaranas ni de bureos, y no quiero decir por eso que fuera ni alardeara de mojigato.

Era carpintero y por lo inteligente, honrado y trabajador, se conquistó el cariño y las simpatías de su maestro, que llegó á mirarle con cierta ternura egoísta, muy carac-

terística del buenazo del dueño del taller de más renombre del barrio.

En un principio, mofáronse los compañeros de la rectitud quijotesca del mozalvete que en ausencia del maestro, nunca soltó formones, cepillos, ni garlopas, cifrando su mayor empeño en tenerle satisfecho, ínterin ellos, apenas el jefe trasponía los umbrales, tiraban las herramientas, y fumando y diciendo chicoleos á las muchachas, se pasaban las horas del trabajo. Los primeros días toleró el carácter bonachon de Ignacio, los dichos y burlas picantes de sus camaradas, pero llegó una ocasión, que lo que en él era tolerancia, lo achacaron ellos á apocamientos de ánimo y engréido y envalentonado uno de ellos, llegó á pronunciar algunas palabrejas ofensivas que fueron á herir el amor propio del muchacho.

Este se puso encarnado y un destello de rabia reanimó sus apagadas pupilas.

Quedó silencioso, pero aquella tarde cuando dieron de mano y cada uno salió con

dirección á su casa, él se fué en pos del que le había ofendido y ya reposado y sereno «Vente, vente conmigo», le dijo, cogiéndolo de un brazo.

Volvió el otro la cara y quedó demudado al ver el aire resuelto de Ignacio.

Tentaciones tuvo de retractarse de sus frases imprudentes, pero por la negra honrilla, le siguió con tristeza como presintiendo el varapalo que le aguardaba.

Desde el día siguiente que entró en el taller el ofensor de Ignacio con el rostro acardenalado y sin atreverse á mirarle, nadie le hizo ya blanco de sus cuchufletas; cundió la noticia de que tenía tan buenos puños como modales atentos.

Llegó el día de San José, por cuyo motivo se trabajó hasta mediodía, Ignacio estuvo más alegre que de costumbre ¡ya lo creo! como que cuando saliera del taller iba á ir con su novia y su madre á dar un paseo por el arroyo Toquero. Una semana hacía que lo tenían proyectado.

Frasquita saldría á la una de casa de la modista donde trabajaba, á aquella hora se irían al campo, llevarían la merienda, su poquito de vino, no mucho, para que nadie se achispara; y el muchacho, deleitándose anticipadamente con sus futuras expansiones, inclinábase afanoso sobre el bastidor, del que arrancaba anchas virutas y no dejaba de mirar á hurtadillas la amarillenta esfera del reloj de pared, pues se le antojaba en su impaciencia que el minuterero y el horario no avanzaban en sus automáticos movimientos.

Por fin llegó el momento deseado, cada cual suspendió su tarea y empezó á buscar y recoger sus herramientas diseminadas por los bancos, entre retazos de tablones, serrín, y virutas.

Salió Ignacio, adornado con atavíos domingueros, se despidió de sus camaradas y allá se fué canturreando alegremente, en busca de su Frasquita.

El día era espléndido, un sol de Marzo

alumbraba con sus ardientes centellas el azul hermosísimo del cielo de Andalucía.

Templado era el ambiente y templadas las brisas ligeras que hacía ondular los trigales de la vega y las cimeras de los árboles que forman en las huertas frondosos laberintos.

Matizadas estaban las faldas de los montes de gayombas, jacintos y alhelíes, tomillares y romeros.

Frente al sitio elegido por Ignacio para pasar la tarde, se eleva una montaña, al parecer partida en su centro, por desquiciamiento horrible y por cuya abertura triangular deja ver las playas arenosas de la Caleta.

Despéñase un arroyo por la honda cortadura de la cañada y corre espumosa por el accidentado suelo, cubierto con las piedras que ruedan desprendidas de las faldas de los montes, entre espesos juncales y adelfas que matizan de arreboles sus márgenes de pizarra.

En estrecha planicie, donde se bifurca la

cañada, al lado del arroyo, estaban Ignacio y Frasquita, una hembra de arrogante gallardía, con ojos negros de mirada profunda y adormecida, tez trigueña y labios de amapola, su cuerpo era pequeño, su seno robusto, brazos gruesos y bien modelados, y piernas cuyos hermosísimos contornos, que se adivinaban, gracias á la ondulante flexibilidad del vestido, parecían burlarse de lo diminuto del pié aprisionado en elegantes zapatos de becerro blanco.

También estaba allí su madre la Señá Casilda, en cuyo rostro surcado por anchas arrugas y dobleces de la piel desalojada, brillaba chispeante expresión de regocijo.

Ignacio estaba reclinado sobre los terruños del sitio aquel, con la cabeza apoyada en la palma de la mano y los ojos puestos en la Frasquita, que templaba brillante guitarra rematada por elegante moña de terciopelo grana, con bordados en seda y prendida de anchas cintas de raso de múltiples colores.

Frasquita estaba distraída; sus hermosísimos ojos negros se desviaban de vez en cuando del rostro de su novio para posarse en un grupo animado, que allá más lejos formaron algunos mocitos de *la mena* y que celebraban la festividad del día con un rato de jolgorio.

Pensó ella reconocer en uno de ellos al Viruta, al más baratero de la gente del bronce, un mocito con un corpachón de roble, musculatura de hierro y mirada aviesa y sombría.

El Viruta había sido desairado por ella, la requirió de amores y le respondió que se fuese con la música á otra parte.

No dejó de inquietarla la tenacidad del mismo que no perdió coyuntura para reiterarla sus pretensiones; sabía ella de lo que era capaz aquel hombre que tenía pintada en su rostro su alma infame.

Por esto estaba ella desazonada aquel día y de vez en cuando miraba con recelo á su pretendiente desdeñado.

Temía que aquella mala persona fuera á buscar á su Ignacio la boca y acabara el día de campo como la romería de Figueras.

Frasquita era una notabilidad cantando, oírla cantar murcianas y soleares era meterse de patitas en el cielo, según las doctas opiniones de los maestros del barrio.

No pasaba noche que cuando estaba más amartelada con su hombre, no llegase una comisión de buenos mozos á invitarla á esta ó aquella fiesta, á dejar chiquitos á los cantores de más fama, con grandes *jachares* de su novio que tragaba saliva y se daba á los demonios, por el solicitado mérito de la muchacha. Ésta no acertaba aquel día á templar la guitarra; los pícaros sonidos de los bordones le sonaban á lamentaciones, á lamentos.

Ignacio al ver la torpeza de su novia se incorporó—tráela acá, que hoy estás tú despulsada—la dijo, cogió la guitarra y poco después eran uniformes los sonidos de las cuerdas templadas con maestría.

—¡Ea! ya está—dijo—yo toco y tú cantas y empezó á puntear diestramente unas murcianas.

La Señá Casilda formó con algunos pedruscos, hornilla improvisada, cuyo centro repleto de astillas, prendiéndole fuego para asar las sardinas, allí preparadas en largos espetones.

Frasquita siguió pensativa,—mejor sería que nos fuéramos, qué ocurrencia más maldita me dió de echar un día de campo,—y mientras esto pensaba seguía Ignacio tocando, á la par que la miraba impaciente.

—Pero mujer ¿no cantas?—le dijo aquel con acento cariñoso.

—Sí, hombre, ya voy, y abrió su boca de perlas y corales y su voz sonora y sentida brotó de su garganta en armónico conjunto de notas.

—Bendita sea tu alma,—la dijo Ignacio entusiasmado, aquellos cantares dulcísimos de su Paca siempre levantaron en su pecho

un mundo de sensaciones dulces y sentimientos embelesadores.

En aquel instante palideció Frasquita; del grupo de más abajo se destacó el Viruta con una botella en una mano y una copa en la otra.

Empezó á trepar por la cañada y poco después llegaba tambaleándose donde estaban nuestros enamorados y la vieja.

Dios bendiga á ustedes: con su permiso mozo *güeno*, dijo mirando chocarreramente á Ignacio,—vengo á ofrecerles con *güena* voluntad una copita,—y diciendo esto llenó la copa y entre vaivén y vaivén llegó donde estaba y se la ofreció á Frasquita.

Le miro esta ceñuda y agresiva—gracias, dijo secamente con la voz temblona,—yo no bebo, el vino me *inrrita*.

Y *osté*—compadre, ¿tampoco?—dijo mirando á Ignacio.

—Tampoco, gracias.

—¡Qué lastima! hombre, vamos y oté agüelita?

La señá Casilda no le respondió siquiera, así como su hija temblaba de rabia y de temor.

—Vamos con que *nenguno*, voy á quedar *lucío*, *pus* es que van *ostedes* á beber porque sí, porque á mí me da la gana,—y diciendo esto, con el rostro enardecido por los vapores de la borrachera y los labios apretados por la ira, arrojó rápidamente el contenido de la copa al rostro de Frasquita.

Ignacio se incorporó de un salto.

—Hijo de mala madre,—gritó con ira reconcentrada, arrojándose con impetus de alud sobre el Viruta, que le dejó venir, tranquilo, sereno y contraído el rostro por expresión burlona.

—¡Toma, mozo bonito!—balbuceó azotándole el rostro con su mano de hierro, y ahora toma más, rugió sordamente, al sentirse también golpeado en el semblante, y sacó rápido de la chaqueta enorme navaja, que abrió de una dentellada y asestó con ella puñalada enorme en el pecho á su contrario.

Cayó el pobre carpintero bañado en sangre, corrió el Viruta despeñándose por la cañada, y Frasquita y la vieja también corrieron horrorizadas y exhalando gritos penetrantes y angustiosos.

Quedó allí el cuerpo inanimado del muchacho, que con los ojos abiertos desmesuradamente, parecía fijar en aquel cielo esplendido una mirada maldiciente y sus labios lívidos prontos á modular una blasfemia.

Quedó en silencio pavoroso aquel paraje y siguió el viento remedando quejas en las hondonadas, acariciando blandamente la cara del muerto y haciendo ondear las cintas de raso de colores de la guitarra, á cuyas cuerdas arrancaba el aire en sus giros vibraciones opacas.





UNA VENGANZA.

Los verdes retoños de la hiedra entretrejíanse serpenteando por entre los hierros de la ventana, formando espléndido cortinaje de verdor, á través del cual penetraban los rayos de la luna, alumbrando con sus luces vagas y misteriosas los toscos muebles del aposento y el rostro pálido de Clementina.

Fijaba esta sus negros ojos, en cuyas retinas brillantes puso la fiebre su más profundo centelleo, en aquel cielo azul y diáfano donde vagaban errantes blancos y ondulan-

tes copos de nubes, en aquella campiña solitaria, matizada de colores amarillentos, verdes y areniscos, y en las estribaciones de la escalonada sierra que allá, á lo lejos, recorta el horizonte con sus graníticos picachos.

Era turbado el apacible silencio de la noche por esos ruidos vagos é indefinidos que se escuchan, durante las noches estivales, en las vegas andaluzas, quejas sentidas, moduladas por el viento al besar los juncales de la ciénaga y los tomillares del monte, blando aletear de las aves en la arboleda frondosa, murmurio quejumbroso de la fuente al deslizarse por la cañada, los múltiples zumbidos de los insectos alados, y de vez en cuando, como nota discordante en este concierto de suspiros, el ladrido alarmante del perro guardián del caserío.

Clementina sufría mucho, pensaba en Diego, en su Diego de su alma, en el hombre que por vez primera moduló en sus oídos tiernas querellas de amores, en el hom-

bre que despertó en su alma las emociones más dulces.

Recordó la terca oposición de su padre; no quiso este que la Iglesia y la sociedad sancionaran la unión de dos seres ya confundidos en uno solo, oposición motora de la desesperación de su alma; sí, porque si el viejo no se hubiera opuesto á su cariño, si no hubiera pretendido casarla con el hijo del juez de Villaterrones, Diego no se hubiera encelado, no se hubiera vuelto loco de ira, no hubiera desafiado al que pretendía usurparle su dicha, ni lo hubiera hecho pedazos como lo hizo, frente á frente, en la cañada del Cuervo.

Siguió recordando Clementina cómo su Diego huyó á la sierra, cómo burló á sus perseguidores escondidos en aquellas asperzas, sin más compañero que su retaco, haciendo vida de bandido, tomando lo que le negaban, y matando, no solo por defenderse, sino ya enloquecido, desesperado, sediento de sangre. Mató por ahogar aquel to-

rrente de rabia que surgió en su pecho al contemplar el naufragio de sus esperanzas hermosas en aquel mar de crímenes y de infortunios donde le arrojó la mano inexorable de su destino.

¿Y ella? Ella, que desde su niñez querida rindió culto de cariño fanático á todo lo que era santo y noble y bendito, al verse convertida en la hembra de Diego el Tigre, como le apellidaron por sus sangrientas fechorías, en la manceba de un ladrón despreciable, abarcó todo lo infamante de su vida, vió el estigma con que el mundo la anatematizaba, se embraveció como pantera herida, sintió el beso maldito de los sonrojos en sus mejillas, irguió la noble frente como retando al mundo, pero sintió en su corazón seco estallido; como si en él saltaran rotas las fibras del sentimiento.

Quiso ocultar su deshonra á los ojos de su padre, pero su organismo reclamó sus derechos, y un día el viejo iracundo pudo medir con su pensamiento sombrío la inmensidad

de su desgracia; se llevó las manos á la cadaca frente, se mesó los blancos cabellos, rugió exasperado y juró por la salvación de su alma no tener una hora de sosiego hasta haberse vengado de una manera brava y sangrienta.

Desde aquel día sintió ella que su naturaleza empezó á rendirse al peso de aquella balumba inmensa de pesadumbres.

Desde aquel día funesto fueron perdiendo las formas sus curvaturas y redondeces incitantes; perdieron sus mejillas sus matices de amapolas, y en vano el viejo médico de Villaterrones agotó los recursos de su ciencia y las pócimas de la botica; todo fué inútil, cada día se acentuaban más y más los fenómenos físicos de su dolencia.

Aquella noche cumplía seis meses que su Diego vagaba por las fragosidades del monte; seis meses para los dos, de agonías y desesperaciones; pero aquella noche iba á verlo. Él iría, se lo mandó á decir con el pastor de la vacada, un viejo que ya lo era

cuando le durmió, niño, muchas veces en sus brazos robustos.

Su padre había salido, fué al declinar la tarde á un cortijo lejano y no volvería hasta la madrugada.

Por eso estaba ella en aquella ventana, testigo otras veces de sus embelesos; por eso temblaba convulsivamente; por eso era cadavérica la lividez de su rostro y por eso parecía escuchar repercutir en su cerebro los latidos de su corazón angustiado.

Se levantó Clementina, inclinó la calenturienta frente sobre los hierros de la ventana y posó su mirada interrogadora en la dilatada campiña.

Una hora pasó que fué una eternidad para ella; allá, por el ángulo que formaba enorme peñón rodado, se destacó un bulto que avanzó recelosamente por entre los espesos maizales.

Pocos momentos después llegaba á la explanada que circunda al caserío.

Su silueta se prolongó caprichosamente

hasta la ventana donde Clementina, con la respiración anhelosa, se aferraba convulsivamente á los entrelazados hierros.

Pronto llegó aquel bulto á la ventana; dos gritos, uno ronco y vibrante como un rugido, otro opaco y sentido como una queja, resonaron uniformes.

Los brazos de Diego atrajeron á sí violentamente el busto delicado de Clementina, que oprimió la cabeza de su amante con sus manos crispadas, y aquellos sus labios se unieron besándose de una manera ansiosa.

Diego se separó un instante de la ventana; pero en aquel momento un fogonazo sombrío, alumbró el espacio con reflejos azules, tronó seco disparo, y se llevó Diego las manos á la cabeza, moduló un grito ronco, se bamboleó un segundo y cayó pesadamente en tierra, oprimiendo la recámara de su retaco.

Clementina se incorporó rápidamente:

—¡Diego de mi alma!— gritó afónica; se llevó las manos al pecho, estrías sangrientas

orlaron sus labios reseco por la calentura y cayó sobre la ventana, descansando la inerte cabeza sobre los entrelazados hierros.

De detrás de corpulenta encina se destacó rápidamente un bulto: era el vengativo viejo, con los escasos mechones de blanco cabello pegados á la sudorosa frente, la mirada sombría, las pardas pupilas centelleantes, y apretando entre sus descarnados dedos el humeante cañón de su escopeta.





DOLORES.

ANSELMO era un viejo honradote, y un mueble inútil según el decía muchas veces, desesperado por aquella impotencia á que le condenó la parálisis que seis meses hacía se enseñoreaba de sus extremidades.

Desde aquel día funesto empezaron las privaciones y los disgustos para él y su pobre hija.

No pudo seguir trabajando y tuvo que hacerlo ella sin descanso para que á su pobre viejo no le faltara lo más indispensable.

Olvidó aquella vida de paz y de regalo que disfrutó en los tiempos buenos de su padre y resignóse sin violencia á aquella de azares tristes y sufrimientos á que los condenó su destino.

Pero llegó un día que le faltó trabajo y en vano recorrió tiendas tras tiendas con la persuasión en súplicas y lágrimas en sus ojos; son muchas las necesitadas y pocas las socorridas.

Carecía de influencias, no era hermosa y aquellas benditas personas que en tiempos mejores, fueron sus amigos, dejaron de serlo al primer amago de la miseria.

Llegó un día en que mueble tras mueble, salió de su modesto ajuar vendido miserablemente para atender sus atenciones primeras, más tarde las ropas de la muchacha y más tarde aun, una noche en que el hambre dió contracciones agresivas á su rostro, salió desesperada á pedir una limosna, con el manto echado sobre el semblante para ocultar su vergüenza.

Cuando con el alma muerta y el corazón lacerado, llegó á su casa, llevaba tan solo un miserable panecillo adquirido á tanta costa.

.

La noche era fría y lluviosa, caía el agua en gruesos goterones sobre los cristales de balcones y ventanas con lúgubre sonsonete, modulaba el viento roncós bramidos y el frío se dejaba sentir de una manera intensa.

Allí en la desmantelada boardilla estaban Anselmo y su hija.

El viejo paralítico embutido en la vieja poltrona salvada del naufragio de su bienestar y que entonces le servía de lecho, temblaba de frío.

Entre sus blancas cejas y pómulos angulosos, brillaban su pupilas con el fuego siniestro de la desesperación.

Dolores tirada contra la desconchada pared, ceñuda, inmóvil, mal encubierta en míseros ropajes, que amagaban caer en girones de su cuerpo escuálido, con los ojos enrojeci-

dos y centelleantes por la fiebre, y el semblante contraído por expresión que el hambre y las congojas hicieron dolorosa y grotesca, contemplaba al pobre viejo sin pronunciar una sola palabra.

Dos días hacía que no probaban bocado, y allí sin más luz que la luz de cripta del nebuloso cielo, sin más calor que el resto que se amortiguaba en sus organismos desfallecidos se miraban padre é hija abarcando con sus pensamientos sombríos los sufrimientos uno de del otro.

Guardaban silencio porque si hablaran, sarcasmos y blasfemias, pusiera tan solo la desesperación en sus labios.

Aquel silencio triste y apenador de la noche, prestaba á las ideas que surgían enlutadas de sus cerebros, tonos más lúgubres y sombríos.

Aquel viento que hacía crujir el carcomido maderamen de la ventana, llevó hasta sus oídos los melodiosos acordes de un piano.

Quien toca, no tendrá hambre ni frío,

pensó aquella víctima del infortunio, con egoísmo y sarcasmo.

Sentía ella que su cabeza vacilaba, la eferescencia de su sangre perturbaba su cerebro y en él un pensamiento destacábase negro y sombrío como fatídico fantasma. Quería saciar su hambre y que la saciara su anciano padre, quería luz y abrigo y un lecho, aunque tuviera que hacer pedazos su dignidad y su decoro. ¿Qué la importaba los medios de que tendría que valerse, qué la importaba lo que dijera el mundo, aquel mundo sordo á sus lamentos? ¡El vicio! ella lo vió siempre erguido y satisfecho sobre pedestales impuros, pero pedestales ante los que se inclinan entre las sombras, los mismos que en medio de la luz alardean de honradez y nobleza.

¿Qué la importaba caer en brazos de cualquiera? Tendría pan y luz y lecho donde descansar después del sacrificio; no quería batallar más con aquel destino suyo, sería lo que quisieran que fuera, y cuando la sociedad

la señalara con el dedo, ella le arrojaría al rostro todo lo infamante de su vida y escucharía todas sus inculpaciones con la impasibilidad desvergonzada del vicio.

Y por último, si al final de aquella pendiente maldita, ya con el alma dolorida y pervertido el cuerpo, encontraba un hospital donde acabar su miserable vida, ¿qué la importaba? ¿qué más podía apetecer en aquellos instantes, en que de hambre y de frío se morirían ella y el pobre inválido?

Todos estos pensamientos se retorcían en su cerebro en confusos torbellinos—ya vuelvo, padre, ya vuelvo,—dijo arrebujiándose en el raído mantón y dirigiéndose resueltamente á la puerta del cuartucho.

—¿Adónde vas? hija mía,—preguntó el viejo con acento áspero y apagado.

—Voy á buscar pan y luz y abrigo—respondió con voz torpe y anhelosa.

El semblante del viejo se contrajo más de lo que lo estaba, y una lágrima, una sola, gruesa y ardiente osciló un instante entre

sus párpados y fué á hundirse en su poblado bigote.

Dolores bajó rápidamente las escaleras y se lanzó á la calle como si hasta el ambiente infecto de aquel casucho la impulsara al arroyo.

Seguía lloviendo; todas las casas estaban cerradas y las luces mortecinas de los reverberos alumbraban escasamente sus pedestales.

Había dejado de sonar el piano y solo se oía alternando con las lúgubres lamentaciones del viento, los silbatos de aviso del sereno y el sordo rumor de la lluvia y los desagües de las canales al rebotar en los charcos formados en los declives del terreno.

Empapada en agua, aterida, dando diente con diente, hundiendo sus piés en los lodazales, cruzó Dolores una calle tras otra en demanda de algún socorro.

El agua penetrando á través del deshecho tejido de su pobre ropaje mojaba su cuerpo caldeado por la fiebre, el frío arreciaba y

ella corriendo, tropezando y tambaleándose por el desnivel de su cerebro desanormalizado atravesó la calle de Santa Agueda y la del Viento y penetró en el paseo.

Arrojó á su alrededor una mirada, se estremeció y tuvo miedo en medio de su excitación nerviosa al contemplar las informes negruras de los árboles que se balanceaban violentamente; las vagarosas dimensiones y contornos que parecían adquirir en las tinieblas las torres y miradores de los edificios, la prolongada silueta de la cercana iglesia que parecía hundir su cabeza en las sombras del horizonte, la blanca masa del puente de mampostería que salva el río y los rumores de este, monótonos y tristes como la noche.

Por el extremo opuesto adonde ella estaba avanzó un bulto, era un borracho, no había más que ver su falta de equilibrio para comprender que aquel cerebro estaba embrutecido por los vapores del alcohol.

Era un joven, casi un niño, pero en su

semblante habían gravado los excesos sus signos macilentos.

Dolores llegó á él rápida, erguida, resuelta, le detuvo en su camino y con mueca que quiso remedar sonrisa,

Una limosna á cambio de lo que V. quiera—dijo con voz quejumbrosa, vibrante y dolorida.

El borracho la atrajo á sí violentamente, la miró cerca, muy cerca, la apartó de sí empujandola villanamente y rompió en una carcajada irónica y despreciativa que pudo confundirse con las náuseas de su borrachera.

Dolores quedó inmóvil, la sorpresa, la ira, los sonrojos, su dignidad pisoteada, todos estos sentimientos sacudieron su alma con empuje de vendavales.

Ni á costa de su honra tendría pan que llevarse á la boca; no era hermosa y el vicio la rechazaba; aquel sacrificio tan inmenso para ella, era un sacrificio mezquino y despreciable.

La sangre de la muchacha acreció su oleada, avanzó rugiente á su cerebro y martilló en sus sienes como maza sobre yunque.

Parecióle que garfios de hierro se aferraban á su pecho ahogándola con opresiones gigantescas, quiso llorar, no pudo; y una idea aterradora al surgir en su cerebro, la hizo correr correr, hasta llegar al puente.

Deslizábase el río, negro y rumoroso, parecióle á ella que aquel abismo sombrío era el punto de su destino donde podría ocultar su vergüenza y su miseria, la carcajada de aquel borracho maldito repercutía en sus oídos como toque de agonía, levantó sus ojos á aquel cielo enlutado como sus pensamientos en son de reto ó de súplica rendida, hizo un esfuerzo violento, subió al pretil y sin vacilar un instante, sin exhalar una queja, se arrojó á la corriente.

Rompió, la luna los negros encajes del cielo y arrojó un pálido rayo sobre las ondas del río, que siguió deslizándose mansamente por su cáuce de piedra.



JUANELO.

I.

JUANELO era un mocetón robusto como los olmos que crecen en los frescos y rientes valles andaluces.

Alto, moreno, esbelto y gallardo, no había por todos los contornos muchacha que no le mirara sonriendo con afanes íntimos, al admirar su cuerpo de Hércules y sus ojos grandes y negros de mirada profunda y soñolienta donde parecía arder eternamente la hoguera de deseos en que se abrasaba su temperamento pletórico de vida.

Era formalote y poco aficionado á correr algaradas con sus amigos y nadie le vió nunca en las tabernas del pueblo, sitios muy concurridos por los labriegos de Fiñana.

Pasaba el día en los montes ejerciendo su profesión de guarda jurado y durante la noche bajaba al pueblo á tener un rato de pambique con su Frasquita.

Esta, á pesar de sus manos siempre renegridas en el batallar del trabajo y lo mezquino de su traje, aparecía hermosa con una hermosura espléndida y viril.

Eran sus ojos grandes y garzos, en cuyas pupilas dilatadas brillaba tanto fuego como en los soles de los Trópicos, era morena y su cabellera abundante y rizada, una carga enorme de pelo luciente, apiñado en trenzas robustas sobre su cabeza semejaba negro y ondulado turbante.

Frasquita era un demonio muy hermoso, un genio endiablado para con todo el mundo, menos para con su Juanelo.

Muchas eran las desazones que pasaba

ella por este cariño, pues su padre y su hermano Lorenzo andaban en que quisiese á Pedro, un hacendado de los contornos, grande amigote de ellos y por el que sentía la muchacha profunda aversión é incontrastable antipatía.

Pedro era un jastialón, de mirada aviesa, semblante taciturno y voz bronca y desaparecible.

Andaba el hombre que bebía los vientos por ella y cada vez que se encontraba cara á cara con Juanelo le daba un latigazo la sangre en el corazón, se ponía lívido y tembloroso, y por esto no eran pocos los que auguraban tragedia horrible entre aquellos dos hombres prontos á hacerse pedazos.

Á más de esto, ya se susurraba entre las comadres algo sobre la honra de la muchacha, que no debía escapar muy entera de entre aquellas lenguas encarnizadas.







II.

DECLINABA la tarde; allá en un extremo de un puentecillo medio derruido, estaba Frasquita.

Empezaba el sol á hundirse tras los picachos escuetos de la sierra.

Sus últimos reflejos daban á las nubes matices hermosos de púrpuras y tornasoles.

Las brisas de Otoño ondulaban suavemente las ramas de los árboles y los espesos trigarrales de la vega.

Piaban los gorriones en los tejados vecinos y á sus cantos estridentes respondían

desde los surcos las alondras con sus trinos melódicos y quejumbrosos.

Conducía el viento en sus alas el desacorde campanileo de las esquilas del ganado que tornaban á sus rediles.

Volvían los labriegos de sus rudos quehaceres con los azadones al hombro, entonando alegres y satisfechos, sencillos cantares saturados de dulce melancolía.

Frasquita miraba con grato ensimismamiento el panorama espléndido alumbrado por los últimos rayos del sol que moría.

Lentamente fueron perdiendo los campos sus colores risueños y sus contornos enérgicos la sierra.

Brotó la luna de entre los tules del cielo y su luz pálida y misteriosa bañó con sus tonos argentados la perspectiva apacible.

Allá por un extremo del atajo, resonó una voz dulce y melancólica entonando uno de esos cantares que llevan en sus notas sollozos y suspiros.

—¡Juanelo!— dijo Frasquita.

Era este, que, con la escopeta terciada y el paso ligero avanzaba por la trocha.

Pronto llegó cerca, muy cerca y en aquel instante un relámpago pálido brilló sobre la silueta informe de un zarzal del camino, tronó seco disparo, Juanelo se detuvo, lanzó un gemido y cayó con pesadez espantosa.

Frasquita corrió demudada, se encorvó sobre el cuerpo de Juanelo, vió la cabeza de este, destrozada y descansando en un charco de sangre, lanzó un grito ronco, apagado, iracundo, arrancó de una garfada la escopeta de manos del muerto y se lanzó corriendo por el atajo, murmurando balbuciente—Pedro, Pedro, tú has sido, yo te haré pedazos.

Descendió saltando á la cañada profunda cubierta de malezas.

Allí, al pálido destellar de la luna vió correr á un hombre por las selváticas accidentaciones del terreno.

Frasquita se detuvo jadeante, se echó la escopeta á la cara y oprimió el disparador.

Al brillar el fogonazo del disparo, se detuvo el que huía cayendo sobre las pizarras del camino.

Frasquita dejó escapar una nota vibradora de alegría salvaje y corrió, corrió sin tino, tropezando y cayendo, hasta llegar al sitio donde tumbó de un balazo al asesino de Juanelo.

Allí, al lado del agua cenagosa del arroyo, con los brazos en cruz, las manos crispadas, el cuerpo agarrotado y los ojos abiertos desmesuradamente, estaba un hombre cuyo rostro bañaba la luna con sus claridades tristes.

Frasquita se abalanzó á aquel cuerpo, se inclinó rencorosa y horrible, miró aquel semblante lívido, «¡mi hermano!» gritó con voz que parecía arrastrar consigo, rotas, las fibras de su alma. Y al estallar en su pecho aquel dolor gigante, zumbó el vértigo en su cerebro, se tambaleó pesadamente y cayó contra el suelo, como árbol robusto, tronchado por los vendavales.

La brisa resbalando por las espesuras agrestes de la torrentera, pareció modular plegarias sentidas y un ruiseñor solitario dejó escapar sus melódicas armonías desde las frondas del río.





MEMORIAS DE UN SOLDADO.

ADURAS penas conseguí descifrar las pocas páginas que contenía aquel resto de un libro de memoria.

Tal vez al hilvanar aquellos renglones, pude variar tal ó cual oración, pero puedo asegurar que el fondo es el mismo.

Decían aquellas páginas lo que sigue:

« 23 *Diciembre.*

»¡Qué noche, Dios mio, qué noche de angustias! he estado de descubierta por espacio de ocho horas; mi pobre compañero

está en el hospital, medio muerto de frío. ¡Pobre muchacho! es un niño casi, su contestura es delicada, apenas empezó á caer la nieve en copos espesos matizando de blanco los zarzales y las torrenteras, comenzó á dar diente con diente, con titileo espantoso; se puso lívido y á los pocos minutos se dejó caer, preparándose á dormir sobre la nieve.

»Como en un tiempo oí contar, que muchos de los soldados franceses que el Imperio arrojara á las estepas de Rusia, murieron helados en aquellas soledades, y que un sueño tenaz era precursor de la muerte, me dió miedo el de mi compañero y tras penosa brega conseguí que se incorporara. Yo tenía un poco de aguardiente que me regaló una patrona generosa en Villamancilla, le dí un trago, mi hombre se reanimó, y traguito á traguito dió fin al contenido del frasco, pero no me arrepiento: si no lo hubiese hecho así, estaría el pobrete á estas horas tieso como un palmar en las chumberas del camino.

»Yo que soy más robusto, he resistido mejor el relente de la sierra y la nevada; pero no obstante todavía no corre bien la sangre por mis venas y siento frío hasta en la médula de mis huesos.

»Verdad que la noche ha sido de prueba, una de las más detestables de esta maldecida campaña.

»Las doce serían cuando empezó á zumbar el viento, remedando en las cañadas gigantescos estertores de moribundo.

»La campiña en un principio informe y negra, fué adquiriendo á poco ese matiz pálido de la nieve que da frío al alma y al cuerpo.

»Como estas líneas las escribo para que tú las leas, Dolores de mi alma, pues aunque muera tengo encomendado que te las lleve cualquier compañero de los que sobrevivan y aquí las promesas son sagradas, voy á relatarte punto por punto todo lo que pensé en esta maldecida noche pasada.

»Con el fusil terciado, hundido el rostro

en los bordes cubiertos de escarcha de la manta burda, paseaba de acá para allá, viniendo con no poco trabajo la tensión de mis músculos que se negaban á sostenerme y con el oído alerta por temor á una sorpresa.

» Sin embargo, en lo que menos pensaba era en los enemigos, ni en mi situación ni en lo frío de la noche.

» Pensaba en ti y en mi hijo—¡pobre chiquitín! ya estará hecho un hombrecito—me decía, y recordaba con todos sus encantos, aquellas noches serenas en que ínterin tú rabiabas y pateabas por dormir al niño, yo te leía historias fantásticas de duendes y trovadores, que tanto te gusta oír, comentándolas con besos y miradas fervientes.

» Pensaba así y sentía deseos de llorar; no me avergüenzo de decírtelo, aquí nadie se avergüenza de esto; llorar es cosa corriente, lo cual no impide que peleemos como desesperados; ayer ví al coronel de mi regimiento, leyendo una carta ¡y se le caía cada lagrimón! ¡y se le iba cada suspiro... no me

atreví á mirarlo frente á frente, no le hubiera gustado ser sorprendido en sus debilidades de hombre de corazón.

» Ahora son las ocho de la mañana, la situación no es mala, á las cinco fuí relevado, se dió la orden de partir y se armó el barullo de siempre, gritos, toques de cornetas, relinchos, voces estridentes de mando, batir de tambores, carreras, vibraciones metálicas, en fin, lo que no te puedo explicar y emprendimos el camino á marcha forzada, pero á poco llegaron algunos exploradores á todo el galopar de sus caballos, se incorporaron al Estado mayor y dos segundos después, vibraban en el aire los agudos toques de los cornetines y nos deteníamos todos con automático concierto.

» Nosotros interrogamos con los ojos á los sargentos, estos á los oficiales y aquellos á los jefes que se apiñaban en la vertiente de una colina.

» Momentos después supimos lo que pasaba, los exploradores tropezaron, con las

descubiertas de una brigada francesa, los nuestros pudieron retroceder sin ser vistos y el General ordenó que nos encastilláramos en las alturas para caer sobre los enemigos, cuando estos penetraran en los desfiladeros.

» Dentro de muy poco espero se arme el zafarrancho, te estoy escribiendo en la saliente de una roca, detrás de la que estamos parapetados un centenar de hombres, si no fuera porque pienso en ustedes me entusiasmaría la perspectiva.

» ¡Qué sierra más grandiosa, más agreste más selvática! sobre nuestra cabeza amenaza desplomarse una roca, que ella sola bastaría para formar una montaña.

» Las águilas y los cuervos batan sus alas delante de nosotros, y los valles, desde estas alturas, semejan cóncavos suaves en las hendiduras de los montes.

» Tengo miedo, ¿a qué negártelo? siempre me estremezco en los preludios de la lucha, después no; cuando arrecia el combate no sé lo que me pasa, soy sincero, no me acuerdo

de nada, parece que bañan vapores ardientes mi cerebro y siento tan solo anhelo de matar, de destruir todo lo que encuentro á mi paso; es una calentura horrible que reseca las fáuces y abrasa la cabeza; en esos instantes no me aterra la muerte, no me conduelo de los que caen y solo me combate una cólera letal y rugiente, una especie de vértigo sangriento, el frenesí de la pelea, y cada vez que hundo mi bayoneta en las entrañas de un enemigo, siento un regocijo feroz, infinito, inexplicable, más propio de la bestia que del hombre.

» Voy á tener que dejar de escribirte, ya se escucha ese rumor sordo y persistente que precede á un ejército.

» Ya por tal ó cual ribazo, se divisan á trechos haces apiñados de bayonetas é inconscientemente se aferran nuestras manos á los fusiles.

» Cada vez que guardo estas memorias para entrar en combate, pienso que una bala puede poner término á ellas.

»Adios, Dolores mía, hasta luego, ó hasta... sí, hasta luego, Dios no puede permitir que yo muera, ¡qué sería de ustedes mañana, ea... fuera pensamientos lúgubres! ahora coloco esta libreta sobre mi corazón y no hay miedo. Adios...»

Así terminaban aquellas páginas y en vano busqué algo más que leer en ellas: solo en un extremo ví una pequeña rotura en forma de circunferencia, con los bordes quemados y con algunas manchas de sangre renegridas por el tiempo.





COSAS DEL MUNDO.

I.

AMELIA era hermosa, una de esas bellezas meridionales de ojos garzos y dulces, tez pálida, labios de púrpura y cuerpo esbelto lleno de ondulaciones vagas y contornos incitantes.

En sus ojos rasgados parecía reconcentrarse todo el hálito de vida de su cuerpo, y eran sus pupilas fanales de la hoguera voluptuosa en que se abrasaba su temperamento ardiente como los soles que acariciaron su cuna.

Amaba á Lorenzo con afanes íntimos y

cada vez que el acento de éste, dulce y opaco, llegaba á sus oídos modulando pláticas de amores y querellas, la sangre hervía en su corazón, y bañaba su cerebro con sus oleadas surgiendo en él vértigos y fiebres.

La pobreza la amagaba con su látigo rudo y era preciso detenerla, ella no quería descender una línea de la posición brillante que ocupaba aparentemente, y Lorenzo era pobre, muy pobre, y ella necesitaba un marido que cimentara con oro los débiles pedestales sobre los que gravitaba.

Don Anselmo era rico, muy rico, la quería con delirios dulces, verdad que era un viejo achacoso; pero qué importaba, aquella era la única solución fácil al problema de su ruina.

Debo casarme con él, pensó muchas veces, pero se acordó de Lorenzo, de aquel hombre á cuyo más ligero contacto estremecíase presa de espasmos voluptuosos y soñaba delirios ardientes, como los que se sueñan cuando besa nuestro cerebro la sangre enardecida por la calentura.



II.

LA habitación estaba alumbrada escasamente por los pálidos destellos de una lámpara pendiente por ligera cadena del artesón del techo.

Sus gradaciones vaborosas se perdían entre los anchos pliegues de los oscuros cortinajes.

Allí, reclinada sobre un diván tapizado en terciopelo se destacaba la figura escultural de Amelia.

Una bata blanca se ceñía á su cuerpo denunciando las redondeces de su busto y

dejaba al descubierto la garganta mórbida y el principio del alto seno.

Reclinaba su artística cabeza sobre su mano bien modelada dejando vagar su pensamiento por las hermosas constelaciones de su fantasía.

Pensaba en Lorenzo, este debía llegar de un momento á otro, estaba sola, su familia fué á la Comedia, alegó malestar extraño y quedó allí por complacer al hombre querido; este solicitó hablar con ella á solas, cuando ella le dijo que su amor era imposible, que causas graves lo impedían; le suplicó hablar con ella por última vez y fué su acento tan persuasivo, sus miradas tan tristes, y tan suplicantes sus palabras, que no le supo negar lo que pedía y por eso allí le aguardaba con el corazón angustiado.

Se levantó el tapiz de la puerta y en su fondo oscuro se dibujó la figura gallarda de Lorenzo.

Este avanzó ligeramente hasta ella que le tendió su mano con languidez incitante.

—Ya ves que soy buena, te aguardaba.

—Gracias, Amelia, gracias. Antes de terminar para siempre como exiges, necesitaba hablarte, decirte muchas cosas que amontonadas en mi pecho me aplastan el corazón con su balumba.

—¿Qué me vas á decir que yo no sepa? Te he esperado porque no pude resistirme á tus súplicas, porque te quiero mucho, sí, mucho, pero este cariño es imposible, sí, imposible; no me preguntes las causas, no puedo decírtelas, bástete saber que te quiero; ya ves que soy sincera, no te quejes de mí, y resígnate como yo me resigno.

—¡Que me resigne, que no te pregunte! Tú no concibes siquiera cómo yo te quiero, tú no tienes como yo, un corazón grande, inmenso para sentir y adorar, y tú no sabes que tu voz, tus miradas y ese algo misterioso que te rodea, son los motores de su complicado mecanismo; yo no encuentro palabra suficiente á compendiar lo dulce de mis afanes; con tu amor me creo á mí mismo

un gigante, el mundo me parece estrecho y necesito horizontes sin límites para palpar en él con estos mundos de gloria que guardo en mi cerebro. Aquel momento en que me dijiste que todo había concluído, parecióme que el sol se derrumbaba en abismos de negruras, que el mundo se convertía para mí en páramo desierto y que vagaba por soledades tristes sin luz y sin ambiente.

Quise verte de nuevo, hablar contigo aferrándome á una esperanza, como náufrago en ondas encrespadas se aferra á tabla salvadora; si me preguntas qué objeto me conduce aquí, no sabré responderte; ansiedades, anhelos, angustias, todo esto que zumba en mis sienes y que me impele á ti; solo sé que tú eres indispensable á mi vida, como los son mis entrañas, como este mi cerebro que amenaza romper la plétora de pensamientos tristes que en él se agitan, y como este corazón mío que amenaza salirse por la boca.

La voz de Lorenzo, al expresar sus des-

esperaciones, vibró solemne en los oídos de Amelia, que comenzó á sentir, como tantos otros días, aquella fascinación ardiente con que la subyugaba Lorenzo.

Quiso hablar, contrarrestándola con razonamientos fríos, pero no supo qué decir.

—Cállate, cállate—murmuró.

—No, no me callo; si no hablase en este momento, me ahogaría; yo te quise en silencio mucho tiempo, no me atrevía á confesártelo; si entonces no me hubieras alentado, si no me dejaras leer tanta ternura en tus ojos dulces, yo no me quejaría; pero hoy no es posible, es en vano, yo no puedo olvidar estas esperanzas nutridas con embellezos. No, desengáñate, Amelia, no me exijas lo que me exiges, dime que todo ha sido para probar mi cariño, este cariño mío, que es eterno como lo infinito.

Amelia no supo qué responder tampoco, su pensamiento empezó á navegar por mares de sentimentalismo; parecióle que el rostro de su amante se transfiguraba y ornába-

se de aureolas benditas; sintió remordimientos y penas; no se atrevió á persistir en su empeño.

—¡Era preciso, Dios mío, era preciso!— murmuró con acento opaco.—Era, sí, era, pero ya no lo es; ¿verdad, Amelia, que tú me quieres como yo te quiero? Dímelo una vez, una vez más, una vez tan solo, y diciendo, fué acercando Lorenzo su semblante al de Amelia, fijos sus ojos en los de ella, que destellaron fuego de voluptuosidades.

—Sí, dímelo muy quedo,—repitió Lorenzo.

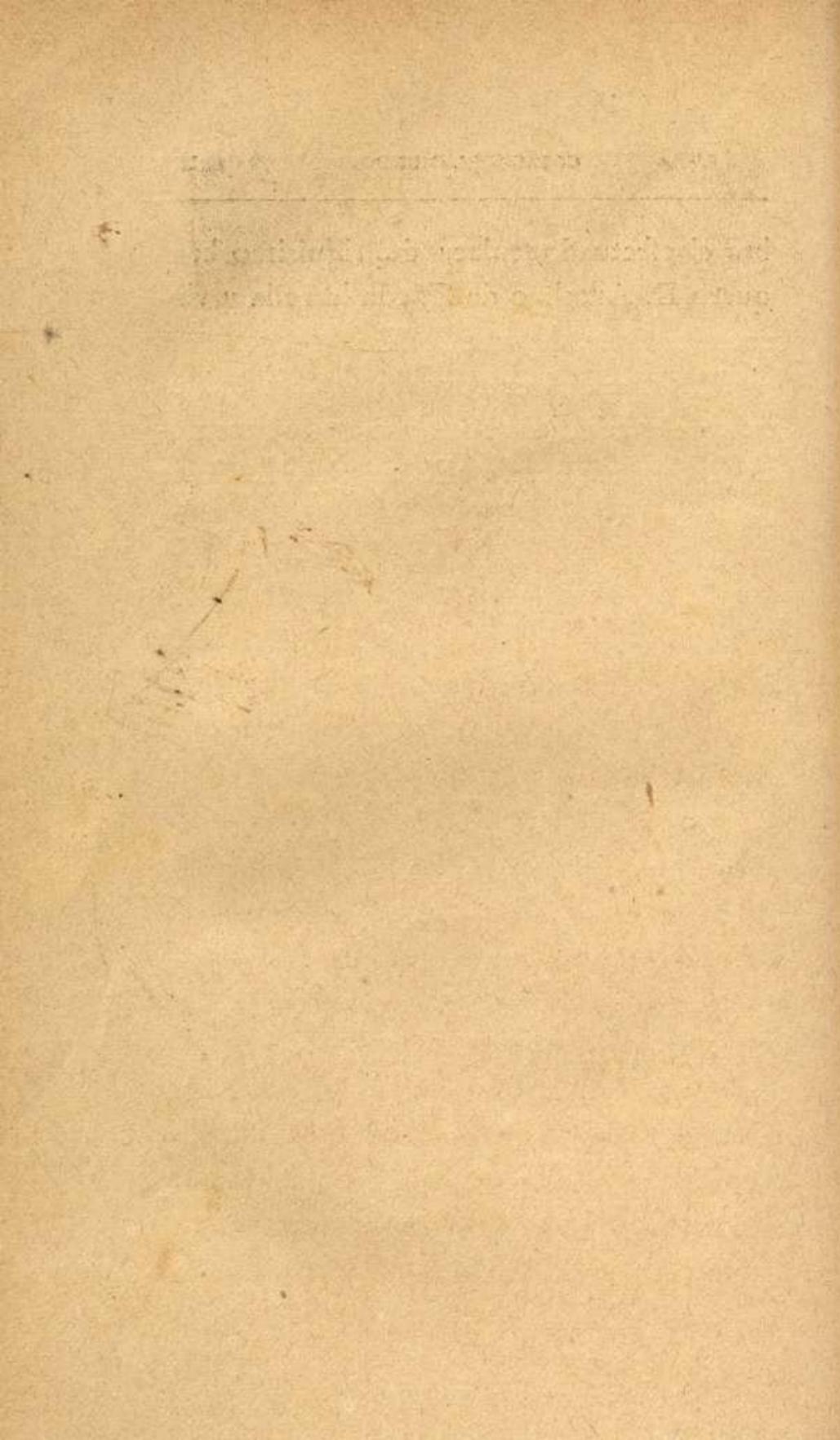
—Sí, te quiero,—murmuró estremeciéndose, presa de espasmos voluptuosos, al sentir sobre los suyos los labios hirvientes del hombre adorado.

.
.
Algunos meses han transcurrido; Lorenzo, en su aposento, se reclina muellemente en una mecedora; coge un periódico en el que lee, sin palidecer, la noticia que da so-

bre el efectuado enlace del riquísimo banquero D. Anselmo de Z, con la bella y virtuosa señorita Amelia de X.

Concluye de leer el suelto, coloca indiferente el periódico sobre la mesa, y murmura despezándose... ¡Pobre viejo!... Cosas del mundo.







ÁNGELA.

I.



ASGÓ nerviosamente el sobre, sacó la carta y leyó lo que sigue:

«*Angela:*

»No sé si hago bien ó mal al escribirte; ni pensarlo podría siendo mi cerebro, como es, caos insondable de negruras y torbellinos de fuegos mis pensamientos.

»Te escribo desesperado; sé que eres pura y honrada, que nunca descenderás una línea del pedestal de tus deberes, y, sin embargo, he cogido la pluma para hacer llegar hasta

ti las frases no suficientes á compendiar lo inmenso de mi cariño.

»Tantas cosas tengo que participarte, que no sé por dónde empezar; me parece mezquino decirte que necesito vivas para mí tan solo, respirar el ambiente que tú respiras, anegar mi alma y mis sentidos en el golfo de tu hermosura, darle calor con el de mi alma á la tuya de nieve, que no sabe sentir ni gozar las pesadumbres amargas, ni los delirios locos que engendran cariños como el mío.

»Recuerda nuestro pasado, aquellos días esplendorosos en que, á más de honrada, eras buena y no cabía en tu cabeza un pensamiento de egoísmo.

»Acuérdate como yo me acuerdo, como se recuerdan al despertar los ensueños peregrinos que pueblan la fantasía en las noches de nuestra infancia.

»Acuérdate y entonces me perdonarás que te escriba confiándote lo que ya sabes, pues te lo ha dicho mi alma desesperada asomándose indiscreta á los cristales de mis ojos.

»Pensarás que obro con bastardía al decirte lo que no debiera; pero, qué quieres; he batallado locamente conmigo mismo, me he defendido con encono contra esta corriente que me arrastra, he pugnado por aferrarme á mi conciencia, pero también en ella se enseñorea tu recuerdo, y allá voy sumergido entre oleajes de lava hirviente que la adormecen y calcinan y prestan con su aliento enrojecido nuevos gérmenes abrasadores á la pasión insensata, que por ti rugie y se reuerce como demonio enfurecido en lo más recóndito de mi pecho y entre la complicada red de mi organismo.

»Que perteneces á otro, me dirás; y bien, ¿qué me importa? yo no siento celos, no me tortura la idea de que otro hombre pueda encontrar en ti lo que á veces vislumbro entre sueños como accesorio bellísimo de tu alma.

»Mi amor es más grande que todo eso, gravita en más altas constelaciones, y mis ojos, al abismarse entre las líneas correctas

de tu rostro, buscan algo indefinido y vago, como indefinida y vaga es la neblina que ondula misteriosa en los espacios del cielo.

»Quizás me taches de loco y visionario, y tal vez tengas razón; quizás sea un cuerdo loco, cuyos pensamientos al remontarse por los límites de su ardorosa fantasía boga por mares de delirios; pero no, á un loco no se mira con el indiferentismo con que tú me miras; si realmente fuese un loco, tú, que eres buena, me mirarías de un modo distinto, quizás con compasión y ternura.

»Inconscientemente me aparto del camino que me tracé al empezar esta carta; necesito verte á costa de todo, hablar contigo un minuto, ya ves qué poco, un minuto; concédemelo, que si en realidad soy un loco, un loco es divertido, y si estoy cuerdo quiero volverme loco al mirar á solas un segundo, cerca, muy cerca, el fulgor de tus ojos, que son los soles que alumbran los horizontes de mi vida.»

Esto decía la carta y quedó Ángela pen-

sativa un momento, apoyada su mano sobre el mármol pulido del lavabo; volvió á leer la carta, y allá en el fondo oscuro de sus ojos dulces brilló un relámpago ardiente, seme- jando en aquel momento sus pupilas hermo- sas cráteres sombríos aprisionados por tém- panos de hielo.

—Loco—murmuró,—loco, quiere hablar conmigo un minuto, un minuto tan solo, como si en un minuto no pudieran hundirse las montañas y desbordarse los mares. Que soy honrada, dice, y se engaña; honrada y le quiero más que él dice que me quiere; no, no soy honrada, pues cuando le miro me es- tremezco y pienso unas cosas que luego me dan miedo, y esto es cariño, sí, ó locura, ó deseo, no quiero definirlo, pero lo cierto es que hay algo dentro de mí que me impele á ese abismo de fuego y calentura que á veces vislumbro con espasmos irritantes que me enrojecen el rostro.

Ángela acercó emocionada el papel á la llama ondulante de la bujía,—sé que esto

tampoco debiera hacerlo, yo debo entregar esta carta á mi marido, pero para qué, pasaría un rato amargo; es celoso, celoso como la mayoría, les exalta la idea de que otro hombre pueda besar los labios que ellos besan, pero no que les roben el alma de la mujer que les pertenece.

La llama de la bujía convirtió en cenizas la suave vitela, y Ángela, ceñuda y triste, empezó á despojarse de su traje de casa sin recurrir á su doncella. Desabotonó con movimiento febril el peto de la bata, y cayó esta lánguidamente de sus hombros como si sintiera alejarse; después la nívea chambra de fina batista, las enaguas después, quedando por fin al descubierto el cuello mórbido, el seno esplendente, los brazos de escultura y el cuerpo estatuario.

Arqueó los brazos sobre su cabeza, y cayeron rápidas sus trenzas de cabello castaño y luciente, semejando sobre su torso de armiño, sierpes oscuras sobre campos de nieve.

Momentos después se dirigió al lecho, donde se arrebujó en las blancas coberturas, apagó de un soplo la bujía y cerró los ojos para ver algo brillante y espléndido que daba tumbos y tumbos por las hermosas accidentaciones de su fantasía.





II.

ANGELA se asomó al balcón. En la puerta estaba el carruaje, en el que momentos después penetraba su marido sin alzar los ojos á ella, para pagarle con una mirada cariñosa su muda despedida.

—Qué hombre—murmuró—para él la mujer representa un objeto de lujo, al que se cuida mucho, muchísimo, que no le falte nada, pero al que se mira como insensible á las impresiones más dulces; estoy considerada por él, me considera, pero no me hace partícipe de sus penas ni de sus alegrías; no

es hombre, es un estuco, galante de una manera automática, pero frío é insensible como las nieves que cubren la tierra que le vió nacer.

Empezaban á brillar las luces mortecinas de los reverberos, las espléndidas de los aparadores en sus fanales gigantescos y los mecheros de gas de las tiendas de quincalla y bisutería que hacen de aquella calle una de las más concurridas.

Una multitud bulliciosa cruzaba por ella, y sus mil diálogos, animados, modulaban extraños conceptos de notas y chasquidos.

Por un extremo de la calle avanzó Alejo, envuelto en los pliegues ondulantes de su capa, el paso tardo y la mirada anhelosa, fija en el balcón donde Ángela huía su busto de escultura.

Esta le vió acercarse lentamente, y al llegar cerca del balcón donde estaba, penetrar en el zaguan de una casa vecina.

Pensó ella retirarse, pero hacerlo era de-

mostrar lo que existía, á lo menos así lo creyó, y decidióse á permanecer allí sin mirar á aquel hombre por el que sentía ternura tan íntima en el fondo de su alma.

Algunos momentos después no podía por menos de mirarle á hurtadillas.

Por qué no he de mirarle, se dijo, no hacerlo parece que es exceptuarle de los demás, hacer una excepción cuando debe ser una regla, no, pues yo le miro, él leerá en mis ojos lo que yo quiero que lea, indiferencia, mucha indiferencia, y tal vez me deje en paz con mis locuras. Dejarme en paz... dejarme en paz, repitió, no, es imposible, los locos son tenaces, y pensando esto, posaba sus ojos en el zaguán de la vecina casa, donde estaba Alejo.

Bajo el influjo de la mirada de éste, ferviente y anhelosa, empezó Ángela á sentir algo dulce y latente en su organismo, pletórico de vida, empezó su sangre á bullir en sus arterias, é incorporándose rápida volvió las espaldas á la calle, cerró el balcón, y

cuando se disponía á volver á sus habitaciones, quiso ver si Alejo permanecía en el mismo sitio, levantó el tul transparente del cortinaje, y allí estaba, en medio de la calle, los ojos puestos en el balcón, y siendo tropiezo de los transeuntes.

—Loco,—murmuró—loco,—volvió á repetir con acento asustado al verlo entrar precipitadamente en el portal de su casa,—¿si pensará subir? Dios mío, ¿qué hago? entrará con un pretexto cualquiera; negarme á recibirlo, no, para qué, pero tiemblo de verme con él á solas, cuando está cerca de mí, no sé lo que me pasa, me aturdo, pienso de una manera que me da rabia y mi cerebro es pira grandiosa donde se abrasan pensamientos y vértigos extraños.

Resonó precipitadamene la campanilla y momentos después.

—Señorita,—la dijo una criada,—un caballero dice necesita ver con urgencia á V. ó á su esposo.

—Que pase á la sala,—respondió Angela

con voz que pretendió resultara serena y que fué triste y apenadora.

Cuando salió la criada, apretó con ira las manos, se arrojó en una butaca, cual gladiador que hace acopio de fuerzas para el combate, y tras algunos segundos logró dominar aparentemente sus hondas turbaciones, se incorporó decidida, se echó una mirada en el espejo al tocado y se dirigió resuelta al aposento donde Alejo le aguardaba.

La esperaba este sudoroso y angustiado; penetró en aquella casa impelido por la febril exaltación de un instante; sabía que Sinesio partió para Valencia, que ella estaba sola y no pudo resistir el empuje de sus afanes, entró decidido; pero ya allí, surgieron en su cerebro los recuerdos ingratos de los desdenes aparentes de Ángela, sus miradas frías y severas y aquella carta á la que no obtuvo respuesta; se sintió cobarde, aquella mujer no comprendía la inmensidad de su cariño, la vió llegar tranquila, y algunas gotas de sudor surcaron su frente cuando aquella le tendió

la mano sonriendo con amable galantería.

Alejo inclinó la cabeza y oprimiéndole nerviosamente la mano.—¡Necesitaba verte! —la dijo con voz emocionada.

—Dí, pues, lo que quieres,—le respondió Angela sentándose y recogiendo la falda ondulante de su vestido.

Alejo la miró un tanto desconcertado, no esperaba aquel recibimiento, creyó encontrarse con la mujer irritada y altiva, y Angela le tuteó desde un principio y le habló sonriendo.

No supo qué decir, y permaneció mudo un instante.

—Sí, te buscaba,—dijo al fin con la voz trémula,—quería hablarte, tenía mundos de cosas que decirte, y sin embargo, parece que en este instante, mis ideas en montón gigantesco dan vueltas y vueltas rápidas por mi cabeza y me enloquecen.

Anhelaba verte y lo temía, lo anhelaba porque me estoy muriendo y lo temía porque pudiera ser esta entrevista la sentencia

implacable que arrancara hasta el último átomo de vida á las esperanzas que me alienan en mis desesperaciones lúgubres.

No, no te ofendas de mis palabras, no me digas nada, ¿qué me vas á decir? que soy un loco, que estas palabras repercuten en tu sér y te hieren; nó, no me lo digas, lo sé y no me importa, tú no comprendes cómo yo te quiero; por ti, por un beso tuyo, nada más que por un beso, daría mi vida, mis ambiciones, los anhelos profundos de mi alma, me revolvería en el lodazal del crimen, descendería á lo más infamante y abyecto, ó subiría á lo más alto, á lo más imposible, á esas metas benditas que he vislumbrado en mis ensueños de gloria.

Ángela sintió algo dulce y calenturiento que besó su sangre y la conmovió en lo más íntimo de su alma; hizo esfuerzo gigante por aparecer tranquila ante aquella tromba de frases apasionadas, sonrióse plácidamente, y respondió con voz dulce:

—No me acusarás de poco amable; dices

que me quieres, y me insultas, sin embargo; no me ofendo, estás loco, y me dan pena tus locuras; pero puedes amargar mi existencia con imprudencias temerarias; ¿dices que me quieres tanto? Pues en nombre de ese cariño, no me busques ni pretendas arrastrarme adonde, si me vieras, me despreciarías, y yo me avergonzara de mí misma; yo también te quiero, á qué negarlo, pero no ignoro lo que me debo.

Y al decir esto, era su sonrisa contracción nerviosa, y su acento resonaba á sollozos.

Alejo la miró con los ojos centelleantes de alegría inmensa; ella le quería, se lo había dicho, y al pensar esto estalló en su sér algo grandioso que sacudió con vibraciones formidables su organismo exaltado, sus arterias fueron conductoras de corrientes de fuego á su cerebro, y aquel cariño loco, tanto tiempo encerrado dentro de estrecho círculo, se salió á torrentes por sus ojos, envuelto en sus suspiros ardientes y frases apasionadas.

Tú me quieres, has dicho que me quieres y pretendes que te olvide, que te olvide, y miras el paroxismo de mi alegría; mi cerebro enloquece, es caos brillante donde hay ráfagas de luz hermosa, y espléndidos oleajes de armiños y tornasoles, y algo misterioso y bendito, como misteriosa y bendita debe ser la gloria que encontraré entre tus brazos. Porque vas á ser mía, continuó con acento suspirante, mía, mía un segundo, y después, después lo que tú quieras; me alejaré para siempre, pero hoy no, no me hundas de nuevo en esos mares de dolor, donde he luchado tanto tiempo; no, tú no harás eso, no me arrebatrás esperanza tan suprema, porque entonces, no, no quiero pensar cosas que me estremecen.

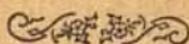
Y al decir esto, una lágrima fugaz y brillante brotó de sus ojos negros y resbaló por su mejilla ardorosa.

Ángela sucumbía lentamente en aquel pugilato entre el corazón y la cabeza; aquel hombre apasionado despertó en su alma, con

acento pesaroso, un mundo de fibras adormecidas, el vértigo empezó á enseñorearse de sus pensamientos, se sintió impotente á resistir aquel torbellino de afanes, y miró á Alejo con fijeza, con delirio y con dulzura infinita.

Este avanzó lentamente hasta ella, como saboreando hasta el hálito más imperceptible de aquel cariño que bebió en sus pupilas garzas, acercó su rostro lenta, muy lentamente, al rostro transfigurado de Ángela, y un beso largo, muy largo, profundo y misterioso, como el quejido suave de una rama esbelta tronchada por las brisas, turbó el apacible silencio de la estancia.

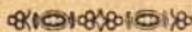
.
.





III.

Dos años han pasado; Ángela es feliz con el cariño siempre insensato de Alejo; solo cuando su marido extrema sus halagos con un chiquitín rubio y gordinflón, que ha venido á dulcificar su carácter, entonces es cuando siente ella angustias insoportables en el fondo de su alma y como si la sangre la abofeteara con sus embates de fuego.





SOFÍA.

(Á MANUEL)

I.

QUERIDO amigo: Voy á referirte á grandes rasgos una pequeña historia de amores, insustancial para todos menos para ti, que conociendo á fondo mi carácter impresionable y mi pícaro fantasía soñadora, verás en estos renglones reflejos de las grandes luchas que me han avasallado.

Basta de exordio; para entrar de lleno en

este asunto empezaré por decirte que durante cuatro ó cinco días he estado loco por una mujer hermosa, una magnífica escultura humana, receptáculo de un alma tan pequeña como grande es el afán engendrado en su organismo viril y ardiente por las caricias de un torrente de sangre calenturienta.

No pienses que exagero; te diré cómo la conocí y haré por abocetarla en lo físico, que respecto á la moral ya irás concibiéndola por los detalles, si es que tú, ajeno á toda impresión, consigues lo que yo no he conseguido.

Carlos de Urdieta me cogió del brazo una noche diciéndome:

—Vente conmigo.

—¿Adónde vamos?

—Vente, á presentarte en casa de las de C.

No tenía nada que hacer, y me dejé guiar á la casa que Carlos me indicaba.

Llegamos á poco.

Después de los saludos de costumbre tomé asiento en uno de los extremos al amparo de

las sombras; la luz del quinqué llegaba hasta mí debilitada por el espacio que tenía que atravesar.

Tendí la mirada curiosa por conocer los circunstantes.

Mis ojos se fijaron con insistencia en Sofía.

Esta se me antojó la más perfecta encarnación del idealismo que yo soñara.

Tendrá veinte años, es alta y esbelta, en su cuerpo hermana en incitante consorcio la línea arrogante de la matrona con los misteriosos contornos suaves de púdica virgen, obra de preclaro artífice griego.

En sus dulces ojos oscuros parece reverberar un pálido rayo de luz serena; hay en aquellos ojos la suave tersura de los lagos cristalinos y el misterioso destellar de los luceros en las noches apacibles.

Sus cabellos blondos y rizados caían con artístico descuido sobre su frente de curvatura suave y blanca como los témpanos del Polo.

Su nariz, correcta, parece reflejar misterio-

sos afanes de sensualismo; si me preguntas la causa de esta conjetura mía no te la podré explicar, pero se me antoja que la contracción de aquella nariz flexible es termómetro de un temperamento ardiente, oculto por apariencias engañosas; estos contrastes son muy frecuentes; el rayo tiene claridades rápidas y tranquilas.

Estaba reclinada en una mecedora; su bata de casa de percal con líneas negras estampadas sobre fondo blanco, dibujaba delatora sus contornos embriagadores y dejaba al descubierto sus pequeños piés ocultos en zapatillas microscópicas negras con bordados de oro.

A varias personas le hacían aquella noche los señores los honores de la casa.

El señor de P., un buen mozo, de posición brillante y talento probado, sostenía en unión de Carlos la conversación en tesitura animada.

Los dos no tenían ojos más que para mirar á Sofía.

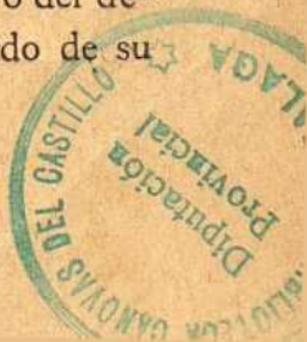
Tuve celos, hubiera querido ser solo, que nadie la mirase, que ella cegara, y que, rodeada eternamente de sombras, no viese más que mi imagen en sus retinas.

Para todos tenía ella sonrisas y miradas apacibles; reíase, y en las notas de su risa se adivinaba la explosión risueña que brota de gargantas infantiles cuando todo es luz y color en el pensamiento y el corazón no desniva á impulso de las pasiones la marcha normal de sus latidos.

Habló, y su acento fué perezoso, arrullador, suspirante; me pareció escuchar en sus modulaciones dulcísimas melodías de infinita cadencia.

La risa no abandonaba sus labios; buscaba pretexto en todo para brotar en torrente de notas brillantes; cuando no encontraba argumentación para reírse se reía de sí misma, tal vez de los impenetrables pensamientos que daban tumbos por su cerebro.

Sofía es casada; su marido, esclavo del deber, vive lejos de ella. El recuerdo de su



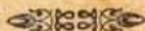
dueño legítimo la acompaña siempre, es adlátere de su pensamiento; «¿y mi Ricardo?» murmuraba, viniese ó no viniese á pelo, y al pensar en él, un rayo de melancolía asomaba á sus pupilas garzas y dulces, la risa le retozaba en los labios, y con infantil pudor se cubría los ojos con el pañuelo.

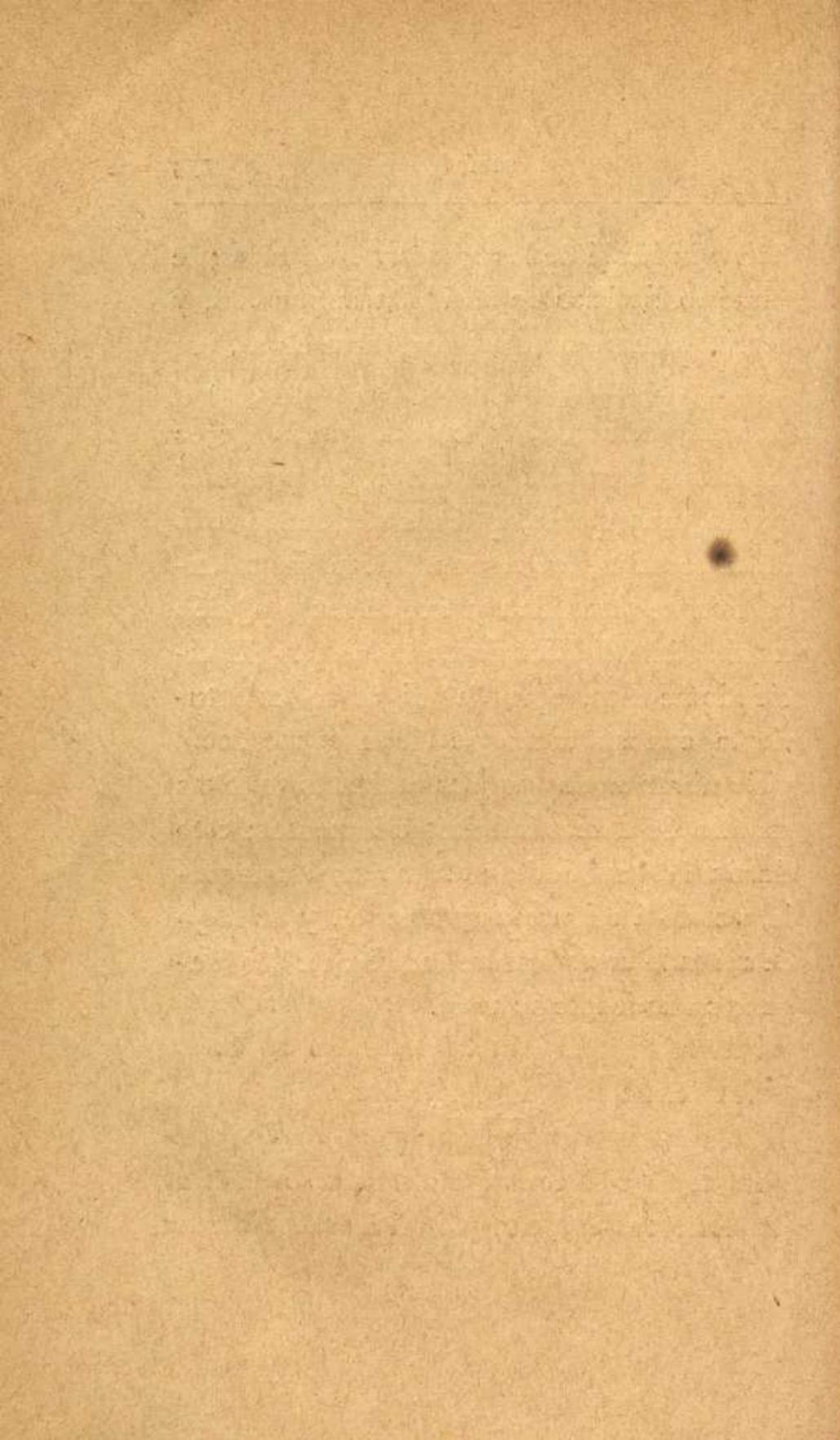
A mí lo vago é indefinido me atrae; su hermosura y su carácter oscuro me esclavizaron. Cuando me alejé de aquella casa me sentí impresionado y á Carlos se lo indiqué; este se encogió de hombros, diciéndome displicente:

—Es una mujer especial, á mí también me enamora.

Inútil creo decirte que busqué de nuevo ocasión de hablarla; la amaba, tenía la íntima seguridad; me lo decía el corazón con sus acelerados latidos; al mismo tiempo quería convencerme de lo contrario; la cabeza pugnaba con el corazón; este siempre vence en estas clases de lides. Una noche encontré coyuntura feliz; quise hablarla de nimieda-

des, y la hablé de los afanes de mi alma; le pinté lo fanático de mi idolatría por ella, y se rió mucho, muchísimo; entre tanto, me abandonó una mano entre mis manos; yo la estreché delirante, y cuando preso de la exaltación nerviosa del deseo, le pregunté quedo, muy quedo, quién era el dueño feliz de su corazón, me respondió con franca expresión de sinceridad y extrañeza: «¿Quién ha de ser? Mi Ricardo de mi alma.» Y diciéndome esto, oprimía mi mano calenturienta con su mano de nieve, y me hacía vislumbrar en sus pupilas radiantes todo un mundo de deseos infinitos é inmensos; esto duró un segundo, después me miró tranquila, volvió á reir expansivamente, y se alejó de mi lado arreglándose indiferente los elegantes atavíos de su traje.







II.

AQUELLA mujer era un problema de solución difícil. Pasaron algunos días durante los cuales gocé mucho y sufrí mucho más, sin conseguir saber si le era ó no indiferente.

Sofía veía á sus piés tres adoradores, todos distintos. El señor de P., aquel buen mozo que al principio te indicaba, material y positivista por convencimiento, veía en ella la fácil satisfacción de sus afanes.

Carlos de Urdieta pululaba á su alrededor con los encantos del soñador eterno; no el soñador por exceso de fantasía, sino por

sobra de materialismo; su corazón de niño levanta sus ideales más puros sobre el pedestal de la materia exaltada; no es el misterioso influjo nervioso el que presta exaltación á su cerebro, es el exceso de sangre enardecida por la fiebre.

Los dos le confesaron sus aspiraciones; el señor de P. con las frases aclaratorias que engendró su positivismo; aquellas frases resonaron mal en los oídos de Sofía; la ví eruirse con ligera sacudida nerviosa; mirar con severidad al osado pretendiente de sus afectos, y por breves segundos se borró la risa de sus labios.

Aquel hombre cometió la torpeza de indicarle con espontaneidad sus afanes, y ella no quería esto, ella quería adivinar para evitarse las angustias de los sonrojos.

Carlos de Urdieta fué más afortunado que yo y que el señor de P.; su carácter frívolo y voluble compaginaba admirablemente con el de Sofía; aquellos dos corazones vivían ajenos á las impresiones del cerebro,

y Carlos, entre tanto, murmuraba á sus oídos frases apasionadas; mirábame de reojo maliciosamente, como diciéndome:

—Ya ves, no tiene corazón, no es acreedora á ese culto que la rindes.

Yo sufría el latigazo de los celos: mi sangre bullía febril en mis arterias, mis manos se crispaban, y algo sombrío debió asomarse á mi semblante, pues no pocas veces me preguntó la amable anfitriona:

—Está usted triste y apenado, ¿qué le pasa?

Un día penetré en aquella casa; estaba sola Sofía; era esa hora en que la luz melancólica del crepúsculo de la tarde esparce sus postreras claridades misteriosas por el espacio.

La estancia, envuelta en sus destellos vagorosos, sumida en silencio, un silencio tranquilo como aquel que impera en las solitarias naves de los templos.

Al penetrar yo, tendióme Sofía su mano, un tanto descarnada, con negligente abando-

no, y la risa de siempre fué la que primero me dió la bienvenida.

Yo estaba sombrío; no podía arrancar de mi imaginación los negros fantasmas que engendraron en ella mis celos angustiosos, y quise terminar de una vez aquella situación insostenible; me senté á su lado, ella recogió con coquetería la ondulante falda de su vestido, y sin parar mientes en las deladoras contracciones de mi rostro.

—Y Carlos, ¿no viene?—me preguntó con interés y haciendo un mohín de disgusto.

—Sí, ya viene—murmuré,—y creo que en aquella frase iba envuelto algún girón de mi alma, tan difícil me fué que brotara de mis labios.

Tornó á resplandecer la alegría en su semblante matizado de púrpura; posó sus pupilas garzas en las mías, y mis manos, al aprisionar las suyas, no encontraron resistencia.

Quise acabar de una vez; mi cariño insen-

sato préstome la elocuencia necesaria y mis frases fueron caudal querrelloso de súplicas rendidas.

La estatua se animó lentamente; algunos estremecimientos dieron vida á la escultura, en sus ojos brilló un rayo intenso de afán y de deseo infinito, sus labios se contrajeron, su nariz absorbió con fuerza el oxígeno, escaso en aquella estancia, como si venteara (y perdóneme la frase) la inmensa satisfacción de afanes misteriosos, su seno turgente se alzó y deprimióse á impulsos de su respiración afanosa, inclinó su cabeza sobre mi hombro, y con voz que remedaba el susurro quejumbroso de la brisa en los lagos.

—¿Me quieres?—me preguntó.

No permitió que posara mis labios en sus manos; cuando salí de la casa iba ébrio de alegría; aquella mujer me amaba, ya era feliz, los fantasmas celosos de mi imaginación huyeron como cuervos á la desbandada, y un rayo de luz serena alumbró con vívidos fulgores las tinieblas de mi espíritu.

Cuando aquella noche volví á la casa miré en un principio con lástima y orgullo al señor de P., pero presto naufragaron mis esperanzas en un mar de decepciones.

Sofía, en un rincón, hablaba con Carlos; ví en sus ojos brillar aquella luz hermosa y bendecida que me hizo tan feliz pocas horas antes.

Surgieron mis celos más imponentes que nunca; ella me miró, y su risa franca y argentina resonó en mis oídos como toque de agonía.

—¿Me quieres?—le pregunté cuando se separó de Carlos. Me miró ufana y riente, se cubrió los ojos con la mano, volvió la cabeza en son negativo, y lanzando la carcajada de costumbre se alejó de mí para sentarse al lado del señor P...

Creo excusado decirte que no volví por aquella casa, devoré mis angustias y conseguí vencerme.

Algunos días después me decía Carlos con acento apesadumbrado:

—¿Sabes que se ha ido?

—No, no lo sabía,—respondí procurando ocultar mis impresiones.

—Sí, se ha ido esta mañana. Me enamoré de ella como un idiota.

—¿Fué tuya?

Carlos movió negativamente la cabeza.

—¿Te amaba?

—No sé,—murmuró distraído.

—¿Has ido á despedirla?

—Sí.

—¿Te dijo algo?

—Sí, que te viera para decirte...

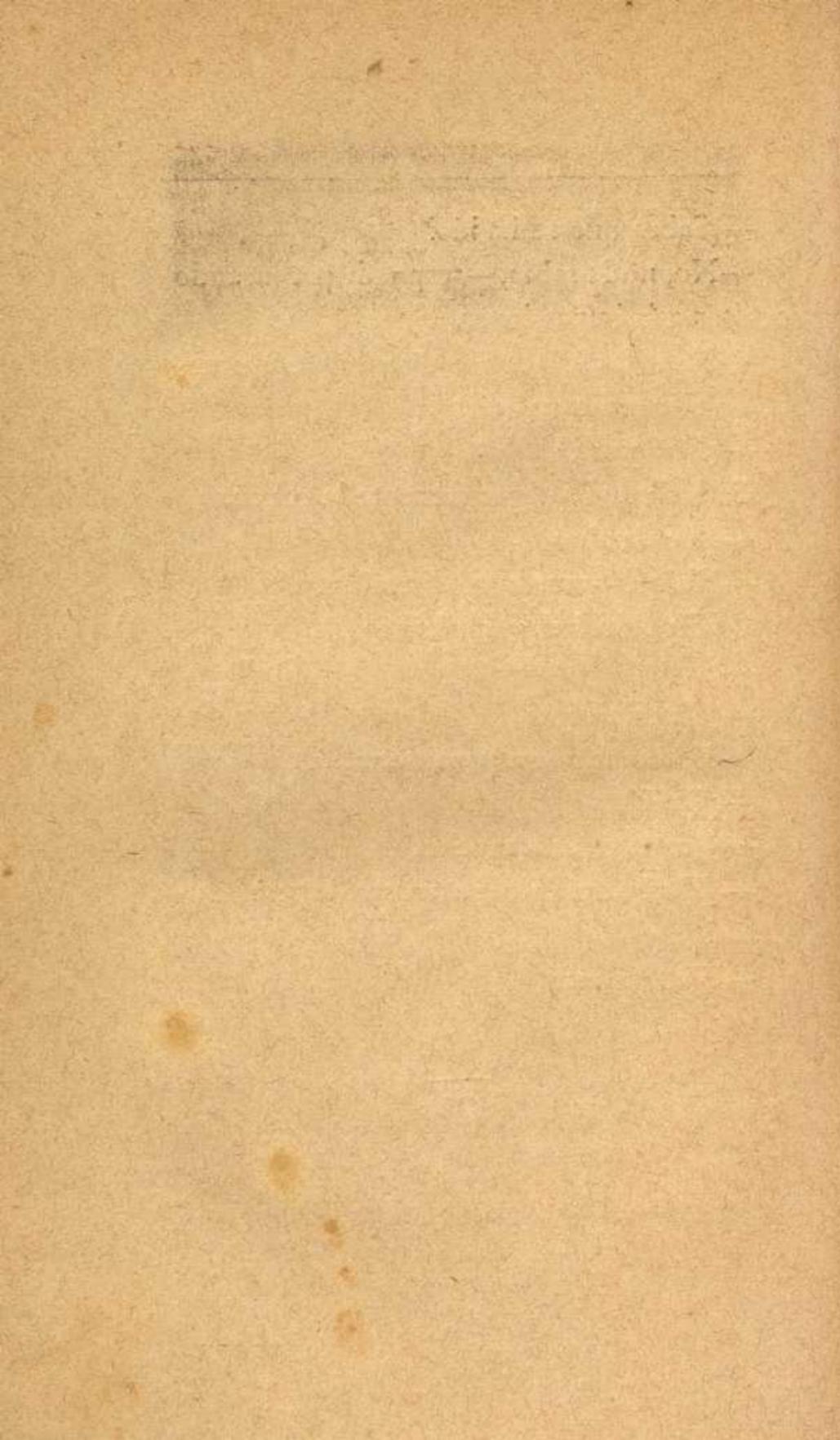
—¿Qué?

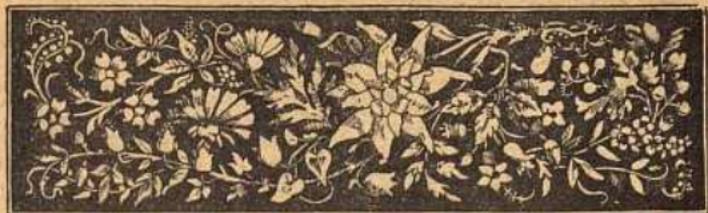
—Que te quería mucho.

—¿Y al decírtelo se mostró apesadumbrada?

—No... se reía.







¡DISTANCIAS!

I.

EL tío Maleno se dirigió al baldío, dos pasos de la casa; allí estaba el Betunero:—así le apodaron por lo negro de su pelaje—regodeándose con el pienso espléndido que le ofrecían las hierbas silvestres que aboceteaban la campiña con sus tintas múltiples y brillantes.

El cielo estaba brumoso, el sol no era visible, pero sus rayos, al perder sus rectas en las orlas sombrías de las nubes, las maticaban con irradiaciones cobrizas y metálicas.

El viento Poniente, á la par que encrespaba turbulento las ondas del mar cercano, gemía lúgubre en los cóncavos de la montaña y en los suaves declives de la llanura.

Esta, al copiar las gradaciones sombrías del horizonte, semejaba ancho páramo desierto bajo inmenso dosel de luto.

El tío Maleno, triste, malhumorado, la chaqueta sobre el hombro, el sucio calañés en el vértice de la cabeza y blandiendo el garrote en la descarnada mano, se dirigió al baldío, miró fijamente al Betunero y dejó escapar un grito gutural y ronco.

Enderezó el rocín las orejas, como si pretendiera hacer armas ofensivas y defensivas de aquellos flexibles cartílagos, y á pesar de la estrecha trabazón de sus patas, se alejó á saltos desiguales y rápidos de los bordes del lindero.

El vejete hizo un mohín de amenaza y como á pesar de sus *tres duros y quince reales*, se conservaba ágil y fuerte, dió alcance en cuatro saltos al animal fugitivo, apretándole

bárbaramente las narices aventadas y repetidas veces cayó el nudoso garrote sobre los bien dibujados costillares de la bestia, como maza sobre yunque.

Pronto estuvo aparejado Betunero y ya jinete en él, gritó el tío:

—¡Adiós, Catalina!

Se asomó esta á la puerta del cortijo.

—Que le lloriquees mucho, que le lloriquees.

—No tengas *cudiao*.

El viejo taconeó con fuerza los ijares de su cabalgadura, colocó el garrote sujeto por sus piernas, echó mano al bolsillo, sacó un cigarro y lo encendió con la yesca á pesar de los vaivenes del burro, cuyas patas flaqueaban en las desigualdades del atajo.

Después de dos ó tres chupetones, comenzó mi hombre *sotto voce*, el ensayo general del melodrama grotesco del que iba á ser protagonista delante del cura de Villatela.

El viejo se encontraba en no chico apuro.

Tres años hacía tomó algunos miles de

reales en calidad de préstamo; con ellos compró algunas fanegas de tierra de pan sembrar colindantes con las suyas; el hombre pensó hacer negocio redondo, y le salió el tiro por la culata, porque llegado el vencimiento del primer plazo, no tuvo para satisfacerlo. Le quitarían la finca, tendría que alejarse de aquellos sitios donde se deslizaron sus mocedades; que mendigar un jornal entre sus convecinos y esto cuando no podía con la azada y empezaban sus músculos á perder el vigor.

Pensando esto, apretáronsele las descarnadas encías y en sus ojos azules, hundidos por la prolongación de los pómulos, brillaban humedades precursoras de llanto.





II.

EL bueno del cura titular de Villatela, despertó alegre aquel día, puso en tensión sus brazos larguísimo y abrió desmesuradamente la boca para bostezar.

Tiró de la campanilla y á poco, la señora Damiana, aquella buena hembra, á la que él dió el título de ama de llaves y de la que el vulgo se ocupaba más de lo que convenía, se presentó en la alcoba con una bandeja en la mano y en ella un pozo, mejor que pocillo, lleno de leche espumante.

Trasegó el cura el contenido del vaso á la

par que miraba con maliciosa fijeza los surcos morados que había en los ojos de la mocetona.

Momentos después, envuelto en amplia sotana de seda y abrigada la cabeza con el solideo, bajó á la oficina; caló los lentes; cogió el breviario, sumergiéndose luego en la santa lectura.

Resonó en el zaguán del edificio la voz cascada del tío Maleno.

La señora Damiana se asomó á la habitación del padre Bendito, diciendo:

—¡El tío Maleno!

—Que pase, mujer, que pase, ¿Qué querrá ese buen hombre?

El viejo penetró en la estancia, con el sombrero en la mano y la otra sobre la cabeza desgrefñada y rasca que te rasca entre los mechones blancos, como si pretendiese horadarse el cráneo.

—Vamos hombre, siéntate; ¿qué te pasa?

—Náa, poca cosa; *osté* es mi padre, yo me estoy *ajogando*; hoy estamos á veinte y

cinco, ya vé *osté*; *ogaño* ha sido *mu mala* la cosecha, la *helá ma matao* las cañas y los naranjales; los olivos no han *producío* más que *pa* los tordos, y ya vé *osté*, ¡don Bendito de mi alma, ya vé *osté!* y al decir esto hacía *pucheros* angustiosos y se rascaba con furia la cabeza, y brillantes lágrimas corrían por su rostro atezado.

—Vamos, hombre, explícate; si continúas así no lograré entenderte.

—Pus si señor, don Benigno me prestó hace tres años, diez y seis mil *riales*, hoy cumple el primer plazo y no tengo *pa* pagarle; me quitará la hacendilla, el pan de mis hijos; tendremos que ir á *peir* una limosna; yo no tengo más padre ni más madre que *osté*, si *osté* no me remedia, *naide* lo hace; por los clavos de Cristo, padre, haga conmigo una obra de *cariá*: y el tío Maleno rompió en llanto como pudo hacerlo en aquellos buenos tiempos en que imploraba el pecho de su madre con berridos infantiles.

— Vaya, cálmate, todo se arreglará, ¿cuánto tienes que pagarle á don Benigno?

— Tres mil *riales* lo menos.

— ¡Caramba! hombre, ¡caramba! mucho dinero es.

— Como que el pícaro me chupa la sangre.

— ¿Qué interés te lleva?

— ¡El veinte, don Bendito de mi alma, el veinte!

— ¡Qué infamia, Jesús, que infamia! eso es una iniquidad, réprobos, ¡pícaro Matatías! como está el mundo; pero no te apures, no te venderán la finca, yo te daré esa cantidad, ó mejor dicho, te la buscaré, porque yo no la tengo; conozco una verdadera católica, un alma cristiana que cifra su afán en cumplir los preceptos de la Santa Madre Iglesia; ella te sacará, por mi mediación, de ese compromiso. ¡Jesús! ¡qué infamia, un veinte por ciento!

— Dios se lo pagará. Si mi Catalina me lo decía: el padre Bendito es un santo.

— ¿Yo santo? no, hijo mío: no hago más

que cumplir con mi deber; en fin, todo se remedia menos la muerte; vuelve mañana y ya tendrás aquí los tres mil reales; no desconfies; esa señora es modelo de virtud y no será sorda á mis súplicas.

.

Al día siguiente contaba el tío Maleno los tres mil reales, ínterin su mujer miraba con avara insistencia los montoncillos plateados sobre el suelo de la cocina.

Contó y recontó el dinero y mirando á su mujer con aire malicioso dijo:

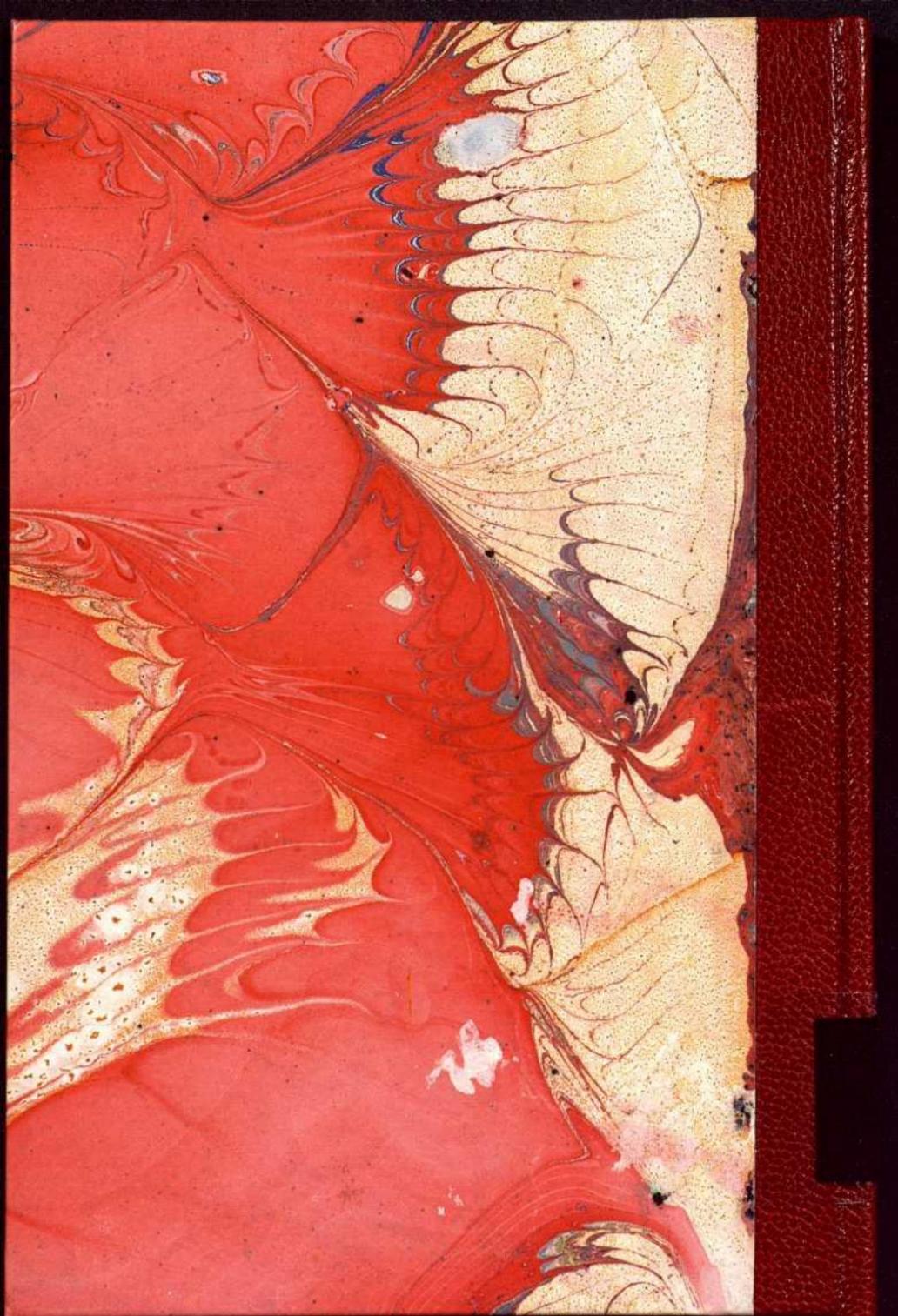
—¿Sabes, Catana, que me se ocurre una cosa?

—¿Qué te se ocurre?

—Que la gloria y el infierno deben estar muy juntos.

—¿Por qué?

—Porque entre un *condenao* como el señor don Benigno y una *santa* como la señora que nos presta hoy los cuartos, no hay más diferencia que un tres por ciento.



EL SARCENTINO PRIMO

FAN
XIX
508